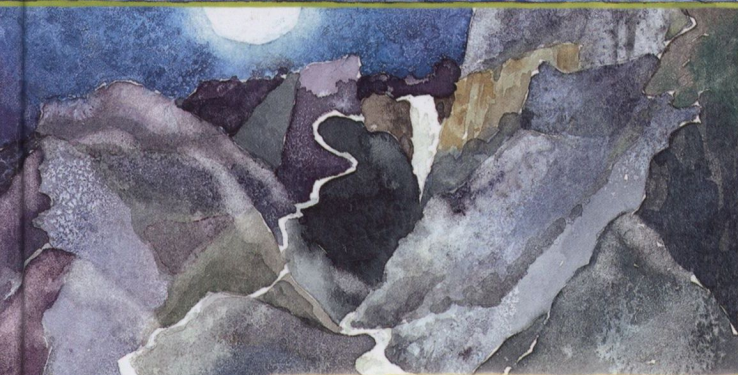


پیرو رسول حضرتنه کو کورن آشفه




Celso Román

EZEQUIEL

URICOECHEA

EL NIÑO QUE
QUERÍA SABERLO TODO

Ilustraciones
Claudia García



COLCIENCIAS

پیرو رسول حضرتنه کو کورن آشفه



COL
00783

Celso Román

EZEQUIEL

URICOECHEA

EL NIÑO QUE QUERÍA SABERLO TODO

Ilustraciones

Claudia García



COLCIENCIAS

\$15.000
17-03-99



COLCIENCIAS

Director: Fernando Chaparro Osorio
Subdirector de Programas Estratégicos: Hernán Jaramillo Salazar
Asesor de la Subdirección de Programas Estratégicos: Jesús María Álvarez
Coordinación editorial: Julia Patricia Aguirre

Dirección editorial
y diseño general: Carlos Nicolás Hernández
Tres Culturas Editores Ltda.
Carrera 35 No.14-67 Tel.: 2 37 70 56
Fax 2 74 52 04

Ilustraciones y fotomontajes: Claudia García

Autoedición: Anacelia Blanco Suárez

Preprensa electrónica: Fotolito Colombia Ltda.



Primera edición: julio de 1998

ISBN: 958-9037-68-2

© Celso Román

© Derechos reservados: Colciencias

Fax: 6251788
E-mail: info@colciencias.gov.co
Transv. 9A No. 133-28
Santafé de Bogotá, D. C.
Colombia - Suramérica

Impresión: Panamericana Formas e Impresos S. A.

Hecho en Colombia

Printed in Colombia - South America

CONTENIDO



Pág. 5
CAPÍTULO UNO
Un niño a la orilla
del Salto del Tequendama



Pág. 9
CAPÍTULO DOS
El encuentro de los dioses



Pág. 17
CAPÍTULO TRES
El guerrero
de *Las Mil y una Noches*



Pág. 27
CAPÍTULO CUATRO
Un espíritu libre
para vislumbrar caminos



Pág. 33
CAPÍTULO CINCO
Flushing Institute, autodisciplina
y libertad religiosa



Pág. 39
CAPÍTULO SEIS
Yale University
o los templos del conocimiento



Pág. 45
CAPÍTULO SIETE
Gotinga: "Os esforzaréis
por alcanzar la verdad"



Pág. 57
CAPÍTULO OCHO
Veintiséis años después



Pág. 65
CAPÍTULO NUEVE
El mundo había cambiado



Pág. 69
CAPÍTULO DIEZ
Academia de la Lengua



Capítulo uno

(1834-1840)

Un niño a la orilla
del Salto del Tequendama.

Hacienda Canoas, marzo de 1838

“...y la mágica noche, la noche mil y dos...”

(PIERRE D'ESPAGNAT)



na alfombra mágica, con dos niños dispuestos a cumplir una misión, volaba por encima del dorado atardecer de la cordillera Oriental colombiana. Hacía un buen tiempo viajaban desde la lejána Persia de *Las mil y una noches* y ya se deslizaban por entre las escasas nubes del cielo que anunciaba el fin del invierno sobre la sabana de Bogotá.

La inmensa planicie verde poblada de bosques, cultivos y ganados era el corazón de una joven República llamada Nueva Granada, que hacía apenas veintidós años había logrado la independencia de España, y su presidente era el general Francisco de Paula Santander.

Los dos viajeros seguían atentos el curso del Funza o Bogotá, el río sagrado de los muiscas, los indígenas que habitaban el altiplano a la llegada de los conquistadores europeos. Ésa era la señal convenida cuando en el mundo de la fantasía les llamaron y les dieron la orden: Hay un niño en peligro al borde del Salto del Tequendama, deben salvarlo para que se cumpla el sueño de Miniminiminidau”.

El río serpenteaba plácido por entre pastizales y pantanos donde anidaban los patos pico-de-oro y adonde cada año llegaban inmensas bandadas de aves migratorias. En su vuelo dejaron de lado, en el costado oriental de la sabana, la pequeña ciudad de Santa Fe de Bogotá, que dormitaba al pie de los cerros de Monserrate y Guadalupe, con sus callejuelas empedradas, su catedral y sus techos de rojas tejas de barro cocido.

Al llegar a las montañas de Soacha, en territorio de la Hacienda Canoas, buscaron el desaguadero abierto por Bochica con su varita de oro cuando el dios Chibchacum castigó a los indígenas con un diluvio que convirtió el país en un inmenso lago. Siguieron atentos, con la mirada fija, el curso del río, cuando lo descubrieron:

—¡Allá va! —dijo Simbad niño.

—¡Se acerca al borde del abismo! —gritó angustiada la pequeña Scheherazada.

Ezequiel Uricoechea, de apenas cuatro años de edad, se aproximaba peligrosamente al tronar lleno de neblina del imponente Salto del Tequendama. El río Bogotá vertía sus aguas al abismo, y la corriente parecía desmenuzarse en copos blanquísimos que daban la impresión de quedarse suspendidos en el aire húmedo. La espuma, que se levantaba con un rugido atronador, se deshacía en millares de gotas diminutas que reflejaban pequeños arcos iris en el contraluz del atardecer.

—¿Dónde está Ezequielito? —Preguntaba afanada doña Mariana, la mamá del niño, revisando las caballerizas de la hacienda Canoas, alborotando por los pasillos bordeados de columnatas, atravesando los patios empedrados de la casona, indagando en las numerosas habitaciones y deteniéndose a rezar en la capillita colonial donde la miraban impasibles

los santos, los ángeles y los apóstoles pintados por los maestros Gregorio Vázquez de Arce y Ceballos, y Gaspar y Baltasar de Figueroa.

—¡Ezequiel Francisco de Asís! —gritaba la desesperada mujer, corriendo como loca por los alrededores de los corrales y en los caminos ya húmedos por el rocío del atardecer que anunciaba la noche—. ¿Pero dónde se metería ese chino? —El llanto le inundaba los ojos cuando su esposo logró calmarla diciéndole que todos buscaban al niño, incluso con los perros de cacería y los mejores rastreadores, entre ellos el indio Graciano, el más famoso de la región para esas lides. Retornaron a la casa, donde doña Mariana Rodríguez y Moreno se desgazonó desmayada en un sillón.

La noche creciente llenó poco a poco de penumbra el portal de Canoas, y las sombras cubrieron la talla en piedra con el escudo de armas otorgado por su majestad don Carlos IV, soberano de España, al conquistador Gaspar Rodríguez, tatarabuelo del niño perdido. La hacienda, llamada así por las canoas que siempre estuvieron listas para atravesar el río Funza y acceder a ella, había sido heredada por don Fernando Rodríguez de la Suma, quien la legó a doña Concepción de Sornoza y Peñalver, madre de don José María Uricoechea y Sornoza, padre del pequeño Ezequiel.

La familia estaba conmocionada. El hermano mayor, Sabas María, un joven espigado de dieciséis años, pero ya con un inusitado aspecto de seriedad y madurez, permanecía inmóvil en medio de los otros dos niños, cada uno a su lado en el sofá. Su brazo derecho reposaba sobre los hombros de Máximo, un adolescente de trece años; el izquierdo acunaba completamente a Filomena María de los Dolores, una niña de ocho que sollozaba apretando una muñeca de pelo ensortijado.

Doña Mariana empezaba a recuperarse y su perfil recordaba los rasgos de los antepasados que miraban impassibles desde las pinturas en la penumbra de la sala de Canoas, apenas iluminada por dos candelabros de plata.

El niño que vagaba por esos caminos llevaba en su sangre una herencia de sabios, de conquistadores y de navegantes, guerreros y aventureros. Tal fue su abuelo paterno, el bilbaíno don Juan Antonio Uricoechea, llegado al Nuevo Reino hacía cuarenta y ocho años, en 1790. Cuando estalló la guerra de Independencia el hijo de Juan Antonio, el joven José María Uricoechea, tenía apenas quince años y, después de graduarse en

el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, se puso del lado de los revolucionarios granadinos. A los diecinueve años, en 1814, ya era capitán de infantería de las tropas revolucionarias. Dos años más tarde combatió en la batalla de la Cuchilla del Tambo, donde fue hecho prisionero y condenado a muerte. Sin embargo, la pena capital se le conmutó, y como prisionero fue traído a Bogotá y de allí lo desterraron a Maracaibo.

Ganada la independencia, el Libertador Simón Bolívar le nombró adjunto al Estado Mayor de su guardilla y posteriormente fue ascendido al grado de Coronel Efectivo. Seis años después, se casó con la bella dama doña Mariana Rodríguez y Moreno. Establecieron su residencia en la hacienda Canoas, en las proximidades de la imponente catarata, por donde su hijo más pequeño andaba extraviado.

La vida había tejido intrincados y sutiles hilos para que naciera un niño tan especial, que los dioses de los indígenas, de la naturaleza, de la magia, de la fantasía y de la ciencia estaban listos para encontrarse con él, y consagrarlo como un sabio. La cita para todos era al borde del abismo llamado Salto del Tequendama, abierto por los dioses, por donde se precipitaba imponente el sagrado río Funza de los indígenas.

La palabra secreta que los convocaba era un término achagua: "Miniminimidau". ¿Qué significaba eso?





Capítulo dos

El encuentro de los dioses.

Ojalá: "y quiera Dios"



El indio Graciano, taciturno, seguía un rastro con la paciencia y la sabiduría de sus antepasados cazadores. Algo en su mirada y en su sonrisa taimada hacía pensar que guardaba un secreto que tenía que ver con los dioses de sus ancestros. Se detuvo por un instante, como si se comunicara con las ocultas fuerzas que moldearon el mundo que le tocó vivir, y contempló cómo, por encima de las montañas de oriente, al otro lado de la planicie, una inmensa luna llena tramontaba la cresta de la cordillera.

La claridad de plata inundaba el aire frío de la noche incipiente, reflejándose en las gotas de rocío —semejantes a perlas de vidrio— que cubrían la vegetación. Las primeras estrellas dibujadas en el cielo, durante el comienzo de la noche, parecieron alejarse con la llegada de la luna. En la penumbra el rumor de la catarata parecía mayor y en el aire flotaban, como joyas, los insectos nocturnos y un intenso aroma de mieles silvestres hacía mágico aquel lugar de fantasía.

El profundo socavón, donde resonaba el río, empezó a borrarse, llenándose con los jirones de nubes que subían del abismo. En la claridad de plata empezaron a tomar cuerpo extrañas formas. El indio Graciano percibió un camino hecho de escarcha de luna, que le mostraba con absoluta claridad el rastro del niño perdido. Algo en la sangre, una sensación sobrecogedora de encontrarse ante la eternidad sagrada que nutría su raza, le dijo que debía permanecer quieto en ese lugar, pues acababan de abrirse las secretas puertas del cielo para que esta noche sucediera un milagro. Desde donde estaba, el indígena podía ver al pequeño, sentado al borde del acantilado.

Tal vez, el Francisco de Asís, que le habían puesto como segundo nombre a Ezequiel, era responsable del inmenso amor que toda la vida habría de sentir por la naturaleza en todas sus manifestaciones. Era un niño con el corazón abierto a todo aquello que tuviera una secreta magia, como ahora que, a la luz de la luna, sentado en una gran roca a la orilla de la catarata sagrada de los indígenas, veía las nubes levantándose del fondo de la cárcava tallada durante siglos por las fragorosas aguas.

De blanco y plata se dibujaron enormes rostros en la niebla. Allí estaba Bachué, la mujer que salió de la laguna de Iguaque con un niño que al crecer se casó con ella, para luego juntos poblar la tierra. A su lado se movieron los copos plateados por la luna, y apareció Bochica, el bueno, el anciano de larga barba y cabellera blancas, el enviado de Chiminigagua, el dios creador, que enseñó a su pueblo las artes del hilado, el tejido, la pintura y la orfebrería del oro.

Vestido con una túnica que tenía los colores del arco iris estaba Cuchavira, que viene después de la lluvia, el protector de las mujeres que daban a luz y de los enfermos víctimas de las fiebres que acechaban en los pantanos pestilentes. También habían llegado Chía, la diosa de la luna con su vestido de plata, y Xue, el sol, engalanado de oro y Xie, el agua, cubierta con un manto de rocío.

Balanceándose, ebrio de chicha de maíz, estaba Fu, cubierto con una piel de oso, debajo de la cual salía una cola de zorro. Cantaba alegre, como siempre, pues era el dios amigo de los hombres, el que se emborrachaba con ellos en las fiestas y ayudaba a los tejedores y a los artistas.

“Chu” le decían al niño y el indio Graciano escuchó esa palabra que en su lengua chibcha significaba “amigo”, y vio cómo le hacían regalos. El pequeño Ezequiel Francisco de Asís Uricoechea y Sornoza sonreía emocionado, se levantó y corrió sobre la roca hacia el torbellino de dioses indígenas que lo saludaban, y dio un paso hacia el vacío. El indio Graciano, creyó que el niño iba a caer en el abismo, y en un impulso reflejo estiró el brazo con la mano abierta, como si desde la distancia quisiera agarrarlo, pero en ese mismo instante llegó la alfombra mágica, venida del fondo de *Las mil y una noches* y el niño quedó de pie sobre ella, con los bracitos extendidos, en medio de una lluvia de regalos fosforescentes que le daban los dioses.

—Llegamos a tiempo —dijo el pequeño Simbad dándole un abrazo al niño.

—Qué niño travieso y lindo —exclamó Scheherazada acariciándole la cabeza.

Encima de ellos flotaban piedritas de colores que brillaban cuando el niño las tocaba, y cada una parecía darle un mensaje secreto. Ellas le contaban una historia de millones de años, encerrada en su estructura hecha de luz, que aquella noche sobre el salto del Tequendama se confundía con los destellos de los insectos nocturnos.

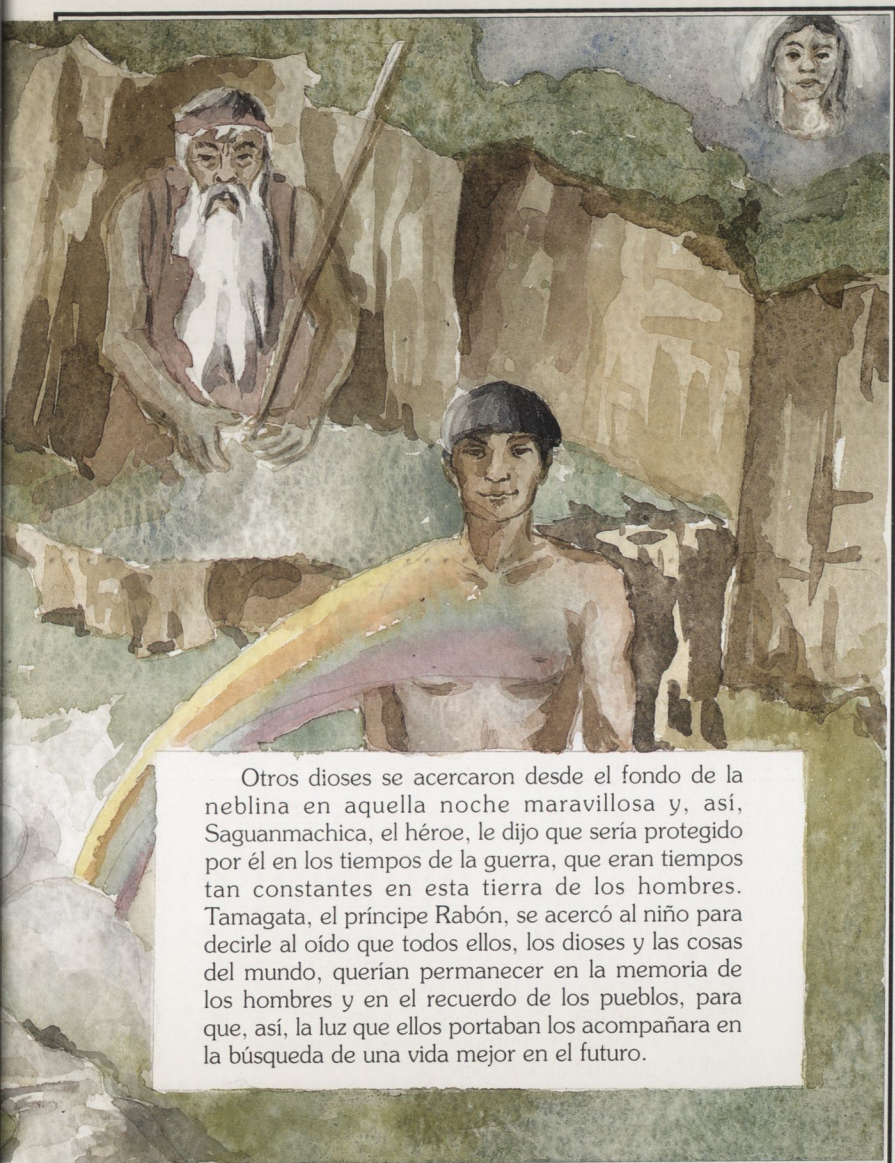
Xue, el dios sol, le entregó un tunjito de oro, la diminuta figura que representaba un cacique acurrucado, diciéndole que no olvidara nunca su pasado, pues él había sido escogido para buscar la luz en medio de las sombras del tiempo.

Bachué, la madre de los chibchas, le envió un pequeño animal acuático que se fue nadando por el aire lleno de humedad y cuando tocó la mano del niño se convirtió en un fósil de color oscuro, que viajó en ese instante por quinientos millones de años. Con una sonrisa en sus labios de nube, la bella Bachué le dijo que le entregaba misterios para que más tarde pudiera descubrirlos, pues él estaba destinado a mirar en las profundidades de las cosas y por eso había sido dotado de una curiosidad insaciable.



Fu, el dios alegre siempre por los efectos de la chicha de maíz, le extendió una ramita del árbol de la quina y, acariciándole con ella la cabeza, le dijo que ya se volverían a encontrar, y que mientras tanto recordara “que para dormir era buena la cabecera”.

Chía, la diosa de la luna, y Xie, la bella del agua, le dieron una piedrita de cuarzo y una caricia aperlada de rocío, diciéndole que recordara cómo la roca, el agua y la luz eran en el fondo la misma cosa, y que cuando se juntaban, entonces, la vida aparecía revelando la plenitud de sus secretos.



Otros dioses se acercaron desde el fondo de la neblina en aquella noche maravillosa y, así, Saguamachica, el héroe, le dijo que sería protegido por él en los tiempos de la guerra, que eran tiempos tan constantes en esta tierra de los hombres. Tamagata, el príncipe Rabón, se acercó al niño para decirle al oído que todos ellos, los dioses y las cosas del mundo, querían permanecer en la memoria de los hombres y en el recuerdo de los pueblos, para que, así, la luz que ellos portaban los acompañara en la búsqueda de una vida mejor en el futuro.

También Simbad, el pequeño marino, le traía un regalo: el mapa de los mapas, la carta de navegación que Ezequiel Uricoechea habría de buscar con obsesión por el universo de su tiempo. Scheherazada, en cambio, le dio la palabra escrita, extendiéndole un pergamino en el cual estaba la frase sagrada, impresa en caracteres árabes: *Wa-ll' All(h): "Y quiera Dios"*

Un niño achagua llegó corriendo por entre la neblina refulgente de plata y, deslizándose por el manto de la luna, se acercó a jugar con Ezequiel y haciéndole cosquillas en los costados le decía: "¡Miniminiminidau!" una y otra vez: "¡Miniminiminidau!", en los sobacos, "¡miniminiminidau!", en la planta de los pies, "¡miniminiminidau!", en la barriguita, de manera que lo hacía revolcarse de la risa.

El niño tenía apenas cuatro años, pero ya sabía leer. Doña Mariana le había enseñado y parecía que desde el instante mismo en que ella empezara el embarazo, la criatura navegaba feliz en su vientre cuando ella leía a su hijito pasajes de *Las mil y una noches*, en una bella edición de Jonathan Scott, publicada en Londres, en 1811.

La voz dulce de la madre hacía que el niño volara con Simbad y soñara con Scheherazada, a quienes amaba como a sus hermanos, que ahora lo mecían en la alfombra voladora, balanceándose todos como en una tibia cuna sobre el rumor de la catarata. Lleno de regalos, el pequeño Ezequiel bostezó después de la sonrisa de "¡miniminiminidau!", y se quedó dormido abrazado a sus amigos.

El mágico tapete aleteó como un cóndor de los Andes y giró alrededor de los dioses chibchas, que volvían a transformarse en neblina bajo la luz de la luna y el mundo retornó a caminar en la noche como siempre, una vez cerradas las puertas de la fantasía. Se elevó despacito, como buscando a alguien, y cuando, por fin, vio al indio Graciano, se dirigió hacia donde él estaba, mirando emocionado el prodigio.

—“Chu” —dijo en su lengua, y lo mismo le respondieron Scheherazada y Simbad.

Con sumo cuidado, Graciano tomó en sus brazos el niño que flotaba en la alfombra que respiraba como un caballito manso, lo acunó entre sus brazos que parecían ramas de roble montaraz y lo cubrió con su ruana. Sin decir nada más, haciendo una pequeña inclinación de cabeza a los niños de la alfombra mágica, retornó hacia la hacienda Canoas, desha-

ciendo el camino de escarcha de lunada luz que le había sido dado ver aquella noche.

Al llegar a la casona, todas las luces estaban prendidas y muchos vecinos habían llegado con hachones, lámparas y faroles que quemaban humeante sebo de res. Venían de Terreros, de Puerta Grande y de Chingatá, e incluso traían más perros rastreadores y mulas de montaña, dispuestos a caminar toda la noche en la búsqueda del niño.

La alegría retornó con la aparición del pequeño, que venía plácidamente dormido en los brazos del indio Graciano, y así continuó cuando fue dejado en su camita, sin siquiera quitarle la ropa por no despertarlo. Doña Mariana le dio un beso en la frente y percibió en el pelo de su hijo un aromático perfume de antiguas flores silvestres, como venidas desde el fondo de los tiempos.

Don José María, agradecido con los vecinos y los amigos que se habían hecho presentes tan solidariamente en esta tarde que habría podido terminar en tragedia, les ofreció una copa de buen vino de Jerez. Filomena María de los Dolores mientras tanto, con su muñeca abrazada, miraba por la ventana el cielo de la noche; contra el tapiz de las estrellas decía adiós a una alfombra mágica que se deslizaba dejando una estela de luz, con dos niños que agitaban las manos.

Volvió corriendo adonde sus padres, invitándolos a que fueran a mirar "dos niños flotando en un tapete", pero los adultos no le hicieron caso, pues estaban comentando con preocupación las últimas noticias que llegaban de la capital: había rumores del estallido de una revolución, y la agitación era creciente en las provincias del sur. El pequeño Ezequiel iba a necesitar la protección de los dioses, pues no tardaría en conocer el dolor dejado por la muerte y los avatares de la guerra, cuando a la ciudad de Santafé llegara un guerrero que parecía salido de *Las mil y una noches*: el coronel Juan José Neira.





Capítulo tres

El guerrero
de *Las mil y una noches*.

El coronel Neira
en Santafé de Bogotá



Gracias a la invención de la máquina de vapor, Europa entró en la llamada era industrial. Se mejoraron los transportes, con el tren por tierra y los buques por el mar, movidos por millones de toneladas de carbón. Los avances de la ciencia permitieron disponer en poco tiempo de lo que hasta entonces la naturaleza tardaba años en construir. El progreso parecía ilimitado y los mercados del

planeta se unían con las rutas de comercio. La invención del telégrafo por Morse, en 1837, hizo posibles las comunicaciones con mayor celeridad, y el invento de la fotografía permitió dejar consignado para el futuro el milagro de la industrialización.

En las ciudades se veía mucha riqueza, pero también mucha pobreza entre los miles de obreros que con su trabajo hacían posible ese desarrollo, y que no tardarían en agitarse en busca de justicia social.

Mientras tanto, al otro lado del Atlántico, en medio de las escarpas de los Andes, acompañado por la magia de cada día en la hacienda Canoas, cuidado en la distancia por la mirada atenta pero impasible del indio Graciano, crecía Ezequiel, ajeno a todo aquello que por entonces agitaba al mundo.

—Para la escuela del maestro Cuenca —le dijo doña Mariana una mañana de Febrero, levantándolo más temprano que de costumbre, vistiéndolo y llevándolo en el carruaje después del desayuno. Por la ventana buscó el niño la neblina que se levantaba desde detrás de las colinas arboladas; allá quedaba el Salto del Tequendama, y no sabía si volvería a verlo, porque empezaba una nueva etapa en su vida. Le dieron ganas de ponerse a llorar, pero de pronto soltó la carcajada como si le hicieran cosquillas.

—¿Y ahora qué pasa? ¿Cuál es el chiste? —preguntó muy serio don José María.

—¡Miniminiminidau! —dijo el niño tratando de contener la risa.

—Vamos a ver si en la escuela de Dámaso sigue riéndose lo mismo.

—No digas eso, Chepe, tú sabes que eso será duro para el niño —protestó doña Mariana.

Por la ventana salió el angelito achagua de ¡miniminiminidau!, espantado por esas palabras. Y no era para menos, pues la escuela era la salita en la parte baja de la casa donde habitaba el maestro Dámaso Cuenca en el barrio Belén. Tenía a su cuidado dos docenas de niños asustados, por cuya educación los padres pagaban dos pesos de ocho décimos mensualmente.

Allí fue dejado el pequeño Ezequiel, con su corazón asustado como el de un venado que oye latir un perro. El viejo y malgeniado profesor Cuenca, oloroso a chicote de tabaco, era una especie de gigante amena-

zador, uno de esos yinn malignos, espíritus rencorosos de *Las mil y una noches*, contra los cuales Simbad y Scheherazada lo habían precavido.

Los recibió con una extraña melosería que finalizó tan pronto como cerró la puerta y despidió a los padres; lo llevó de la mano y lo sentó en un banco desvencijado, con una mesa angosta que tenía arena encima. Ezequiel se preguntaba para qué sería eso cuando el profesor se dirigió hacia el tablero, y el niño que estaba a su lado le hizo señas de que tomara el puntero que estaba en una ranura de la madera frente a él. De inmediato, comprendió que se trataba de repetir en la arena los mismos palotes que el maestro trazaba en el tablero.

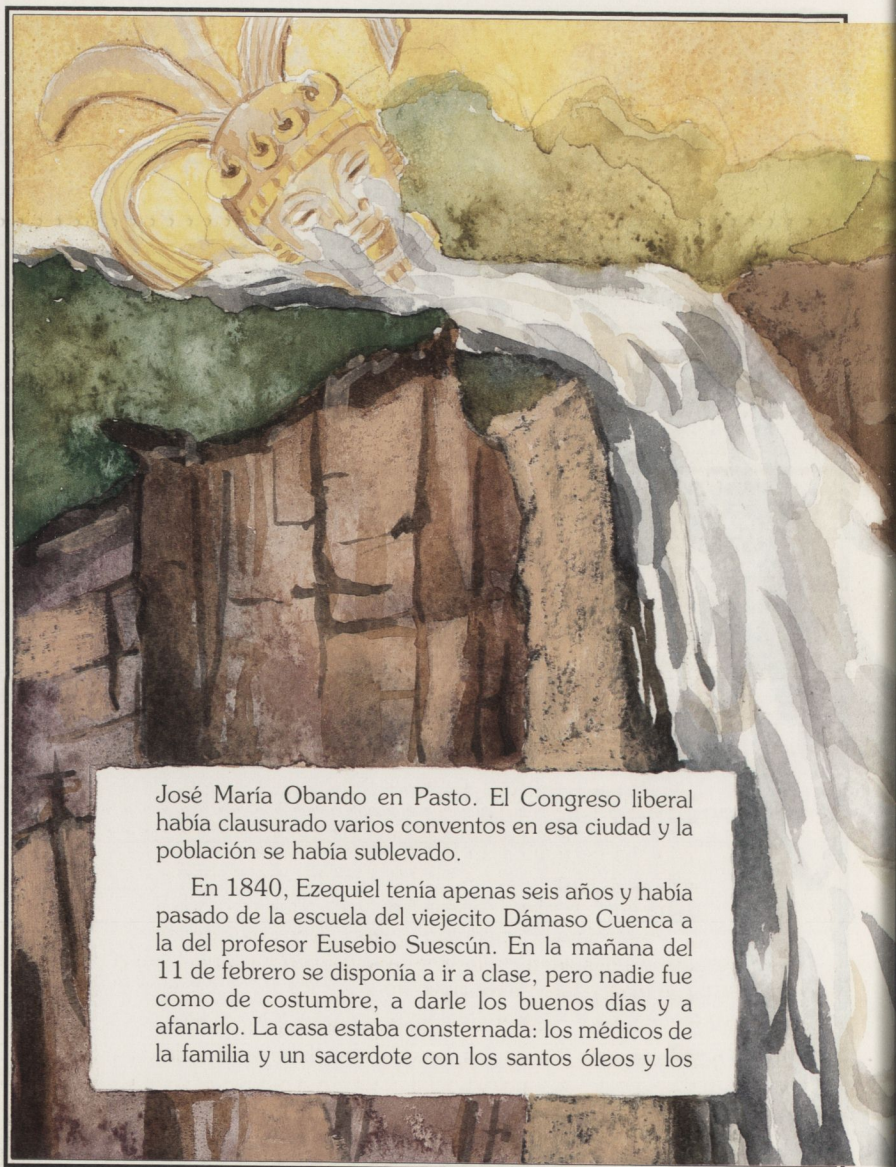
Delante de la pizarra había una mesita sin carpeta, con una silla de obispo donde el maestro Dámaso Cuenca se sentaba a echar globos y volutas de humo mientras esperaba que los niños reprodujeran, con mano temblorosa, los signos dibujados con tiza. Permanentemente recordaba a sus alumnos la importancia de portarse bien, y lo hacía con el recurso de señalar el manojo de chamizas de chile colgado en la pared.

Más de una vez vio Ezequiel cómo el profesor lo tomaba para pegar a un niño en las pantorrillas, pero de inmediato él llamaba a ¡miniminimidau! para que el anciano empezara a reírse, retorciéndose de las cosquillas sin poder ver al angelito achagua, hasta que quedaba exhausto, llorando a carcajadas como otro niño más y olvidándose del castigo.

El duro profesor Cuenca ablandó poco a poco su corazón a punta de risas, y cuando ese grupo de niños ya sabía escribir a la perfección los palotes de letras y de números, el último día de clase les confesó cuánto los amaba. Esa misma tarde, antes de separarse para siempre, hicieron una fiesta en el patio de atrás de la casa y volaron en la alfombra mágica de Simbad y Scheherazada por entre los durazneros y los cerezos, espantando las gallinas que no podían entender el prodigio de un viejo profesor riendo como un niño más con la maravilla del vuelo.

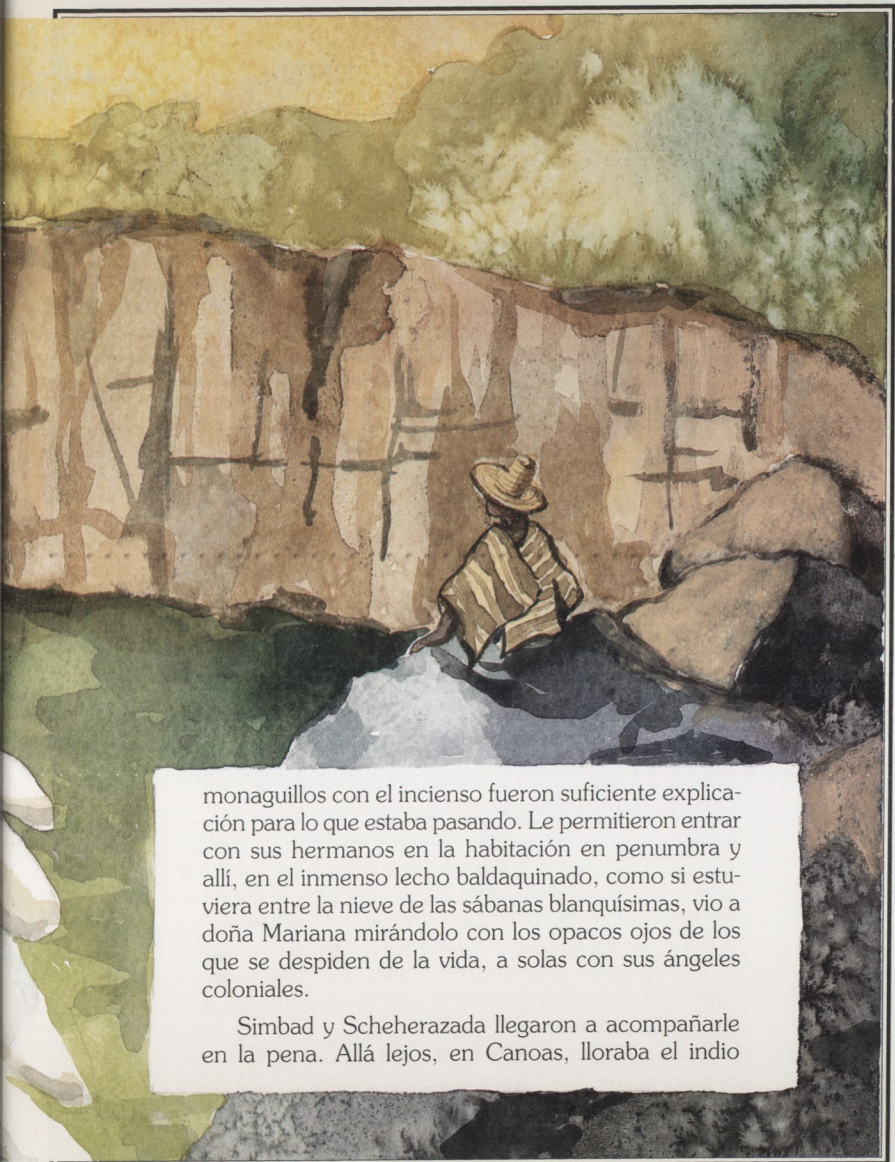
Antes de devolverse a Persia, Scheherazada le advirtió a Ezequiel que la tristeza y la guerra se acercaban, pero que ellos le acompañarían y un guerrero de Las Mil y Una Noches vendría a salvar la ciudad.

—Ojalá: y quiera Dios —respondió Ezequiel y aunque no entendió muy bien el mensaje, sospechó que algo grave se acercaba porque en su casa los padres no hablaban de otra cosa que de la rebelión del general



José María Obando en Pasto. El Congreso liberal había clausurado varios conventos en esa ciudad y la población se había sublevado.

En 1840, Ezequiel tenía apenas seis años y había pasado de la escuela del viejecito Dámaso Cuenca a la del profesor Eusebio Suescún. En la mañana del 11 de febrero se disponía a ir a clase, pero nadie fue como de costumbre, a darle los buenos días y a afanarlo. La casa estaba consternada: los médicos de la familia y un sacerdote con los santos óleos y los



monaguillos con el incienso fueron suficiente explicación para lo que estaba pasando. Le permitieron entrar con sus hermanos en la habitación en penumbra y allí, en el inmenso lecho baldauinado, como si estuviera entre la nieve de las sábanas blanquísimas, vio a doña Mariana mirándolo con los opacos ojos de los que se despiden de la vida, a solas con sus ángeles coloniales.

Simbad y Scheherazada llegaron a acompañarle en la pena. Allá lejos, en Canoas, lloraba el indio

Graciano mirando el abismo, en donde rugía el río sagrado de los muiscas, y en donde el agua caía a las profundidades como las lágrimas de los dioses.

Cuatro meses más tarde Obando se proclamaba "Supremo director de la guerra, general en Jefe del ejército restaurador y protector de la religión del Crucificado", y declaraba que iba a devolver a Pasto su felicidad y a la Nueva Granada su libertad e integridad, para que renaciera Colombia bajo un sistema federal, que era el grito nacional. El gobierno del presidente José Ignacio de Márquez se encontraba prácticamente sitiado, pues casi todas las provincias que conformaban la nación estaban trastornadas. Márquez dejó encargado del poder al Vicepresidente, y se dirigió al sur para establecer contacto con sus generales Pedro Alcántara Herrán y Tomás Cipriano de Mosquera.

Mientras tanto, en el norte, los soldados del gobierno sufrían una aparatosa derrota en la batalla de La Polonia, en cercanías del Socorro. La capital, sin ejército, se vio pronto amenazada por tres mil rebeldes, acampados en Zipaquirá, que intimaron rendición a la ciudad.

—Carajo, pobre mi general Bolívar, si supiera que para matarnos entre nosotros es que estamos usando la libertad —decía entristecido don José María Uricoechea, de riguroso luto, reunido con sus hijos después de la cena, comentando el panfleto titulado El Latigazo que los rebeldes habían fijado en lugares públicos. En él pedían al Presidente encargado que se rindiera a discreción y entregara la ciudad.

—Scheherazada y Simbad me dijeron que seríamos salvados por Hassan Al-Bassri, el guerrero, protegido de Alí Padre-de-las-Plumas, jeque de jeques, hijo de la reina Balkis, esposa de Soleimán el Magnífico. ¡Con todos ellos sea la paz de Alá y sus bendiciones! —dijo muy serio Ezequielito y todos se quedaron mirándolo en silencio. Primero se quedaron callados, como tomados por sorpresa, y luego se rieron.

—Parece que le está haciendo daño leer tanto *Las mil y una noches*, —dijo Sabas María muy serio, quien para entonces era un muchacho de dieciocho años, que empezaba a cultivar un bigote incipiente y quería mantener el mismo porte elegante de su padre.

Máximo, que acababa de cumplir quince años e imitaba los ademanes de su hermano mayor, dijo que ésas eran cosas de niños, locuras de Ezequielito, que siempre vive imaginando cosas raras.

—Yo también vi a los niños en el tapete que flotaba, y lo que dice Ezequiel es cierto —afirmó Filomena María de los Dolores, que ya era una linda niña de diez años, con el mismo aspecto elegante de la madre, doña Mariana.

—Ya quisiera yo que para estos tiempos tan aciagos la fantasía viniera a darnos una mano —dijo el padre entristecido por el luto y por todo lo que pasaba en estos días. Después de abrazar a sus hijos y desearles las buenas noches, se fue al lecho solitario y confundió las luces que llenaban el cielo de la ciudad sitiada, con el recuerdo de su amada Mariana Rodríguez y Moreno. Una inmensa placidez le inundó el corazón y se durmió con una sonrisa en la boca, como todos esa noche en la amenazada Santafée de Bogotá.

Y no era para menos, porque sobre los techos de teja de barro de la capital se regaba una lunada escarcha, esparcida por la alfombra voladora de Simbad y Scheherazada que, desde el lejano país de Las mil y una noches, indicaban el camino a Hassan Al-Bassri, el guerrero que bajo el aspecto del coronel Juan José Neira venía a salvar la ciudad.

A la mañana siguiente la ciudad se conmocionó cuando llegó montado en un gran caballo del color de los ciervos, seguido de cuatro húsares de corpulenta talla, que empuñaban lanza con banderola roja, la cual tenía por emblema una calavera blanca y dos canillas del mismo colorido. Vestía de negro, con botas altas de charol y un pequeño sombrero de paja.

Todos le daban por muerto, pero había sobrevivido de milagro a una emboscada en Paipa. Su rostro pálido estaba enmarcado por una cabellera negra ya entrecana y por un gran bigote que se unía con las patillas. Venía precedido por su fama de valiente en las guerras de independencia y “parecía poseído por tres furoros: el de su valentía, el de su patriotismo y el de su derrota”, escribiría después José María Samper, quien lo viera como “un hombre hermoso, pero de una hermosura semisalvaje, como la de un montañés siciliano; aquel hombre irascible, audaz, violento, caballeresco y de apostura singularmente marcial, tuvo el don de electrizar a todos sus partidarios”.

Efectivamente, la multitud fue siguiéndolo, aclamándolo y respaldándolo cuando entró al palacio de San Carlos a conferenciar con el Vicepresidente encargado del gobierno y allí propuso una estrategia de cho-



que para la defensa de la ciudad. Salió de nuevo a la calle y montó, seguido por sus cuatro húsares. Preguntó dónde quedaba la imprenta donde hicieron el panfleto y, sin mediar palabra alguna con el impresor, se metió con su caballazo en el establecimiento, enlazó la prensa y la sacó a rastras como quien saca un novillo rebelde amarrado con un rejo templado a la cabeza de la silla, pisoteó los papeles impresos y advirtió que la Santa Fe de Bogotá iba a resistir hasta la muerte.

La gente lo vitoreó y se inició lo que habría de llamarse “la gran semana”, en que la ciudad salió de su letargo y recuperó el entusiasmo para aprontarse a la batalla. Se abrieron fosos, se excavaron trincheras y se levantaron parapetos, y las armas se ubicaron en un lugar fortificado. Día y noche se trabajó sin descanso: “los alarifes colocaban el maderamen en los atrincheramientos”, dejando boquetes para los cañones de los fusiles; los fontaneros desviaron las acequias para formar fosos alrededor de la fortaleza, a la usanza de los castillos medievales; los comerciantes de telas obsequiaron géneros para que los sastres y las costureras elaboraran los uniformes de las tropas; los herreros hacían tintinear los yunques martillando hierros al rojo para elaborar largas bayonetas; los esmeriles de piedra chirriaban levantando chispas al afilar las espadas, y el agua de las fraguas sonaba levantando vapor al templar los sables.

Todos trabajaron: los talabarteros elaborando fornituras, los muchachos y los mendigos recalzando munición y aprestando los cartuchos, y hasta las mujeres colaboraron en la gran cadena humana que llevó los fusiles y los pertrechos al recinto amurallado en el corazón de la ciudad.

En la mañana del 28 de octubre de 1840, el coronel Neira, al mando de quinientos hombres decididos a todo, salió de la ciudad dispuesto a hacer frente al enemigo. La neblina aún cubría el llamado Callejón de la Culebrera, en la hacienda Buenavista, entre Funza y Chía, cuando se inició el ataque. Era un duelo entre hermanos, pues los rebeldes estaban comandados por el coronel Juan José Reyes Patria y el comandante Antonio Samper, ambos beneméritos veteranos de la guerra de independencia.

La carga ordenada por Neira fue formidable y el enemigo respondió con igual fiereza. Jinete en su caballo cervuno, el coronel fue herido en un muslo, pero continuó combatiendo con ardor. Samper se precipitó contra el grueso de la tropa y un lanzazo lo ensartó de lado a lado por en



medio del pecho, matándolo de inmediato. Las tropas rebeldes, perdido su jefe, cayeron en el desconcierto y fueron derrotadas.

A su regreso de la campaña del sur, el presidente Márquez y los generales Mosquera y Herrán encontraron la ciudad salvada, pero su héroe agonizaba. Tres meses más tarde, Neira moría, víctima de una gangrena en la pierna herida. Una estela de luz de luna se vio sobre la capital aquella noche, cuando Hassan Al-Bassri retornó a la tierra de **Las mil y una noches**. La lanza y la espada quedaron en el Museo Nacional, donde aún reposan.

Aún con escaramuzas entre los rebeldes y las tropas del gobierno, el Congreso de la República nombró como nuevo Presidente al general Pedro Alcántara Herrán. Ezequiel ese año empezó a lidiar con las matemáticas en el colegio de Ulpiano González. De allí entró al de los jesuitas, con quienes iba a tener un fuerte agarrón al respecto. Sucede que ya no era un niño, era un jovencito, tal vez, demasiado inteligente.





Capítulo cuatro

Un espíritu libre
para vislumbrar caminos nuevos.
Jovencito de quince años
desea ver la nieve



Esta tierra parece que nunca va a lograr la paz, pero tenemos que vivir en ella”, decía don José María Uricoechea tratando de infundir ánimo a los jóvenes, sobre todo a Sabas y a Máximo, que ya tenían la edad para empezar a hacerse cargo de los asuntos de la casa, especialmente después de la desaparición de doña Mariana.

La guerra empezó a ceder después que el presidente Herrán derrotara a

los rebeldes del norte en la batalla de Ocaña, el 9 de septiembre de 1841. Seis meses más tarde logró un país pacificado que estaba en ruinas. También el corazón de don José María Uricoechea y Sornoza parecía haberse demolido como los sueños de Bolívar dentro de su alma. Murió un mes antes que el Presidente declarara abierto el camino para reconstruir la patria y proclamara que era necesario “afianzar el reinado de la paz, y asegurar para siempre la reconciliación de nuestros hermanos”.

“Maldito mes este febrero”, dijo el pequeño Ezequiel, pues nuevamente lo vistieron de luto para asistir al entierro de su padre, como hacía dos años, cuando, en el mismo mes, había tenido que asistir al funeral de doña Mariana, su madre. Ahora los cuatro hermanos estaban solos, pero Sabas María era ya un hombre —había tenido que asumirlo por la fuerza de las circunstancias— y se encargaría de la tutela de los demás.

El país y los niños tenían que reponerse del dolor y levantarse todos de los estragos de la guerra, que sólo dejó ruina, enfermedad y pobreza. Se abrieron nuevos caminos, se organizaron las universidades, y se permitió el retorno de los jesuitas para que se encargaran de la educación de los jóvenes. La Compañía de Jesús había sido expulsada en 1767 de los reinos de España, en virtud de una sanción de Carlos III, quien vio en ellos un poder que competía con el suyo, pues en las misiones y reducciones indígenas en tierras inhóspitas levantaron un verdadero emporio de poderosas empresas agrícolas y ganaderas, desde los llanos de Venezuela hasta las pampas del río de la Plata, en Argentina.

En 1844, retornaron a la capital. El Arzobispo, hermano del nuevo presidente, Tomás Cipriano de Mosquera, los encargó del seminario menor de la arquidiócesis, bajo la dirección del padre Ignacio Gomila, español famoso por sus conocimientos de matemáticas y física. Uno de los nuevos alumnos era el jovencito de trece años Ezequiel Uricoechea, quien ingresó a estudiar filosofía, después de haber culminado la educación primaria en el colegio de Ulpiano González, filólogo y lingüista, autor de una breve gramática castellana y de correcciones del lenguaje bogotano.

“Ezequielito es muy inteligente, y llegará lejos en esto del estudio de las lenguas y las matemáticas”, había dicho el profesor González a Sabas cuando le entregó el certificado académico para diligenciar la inscripción al seminario menor. Y tenía razón, porque el primer año el jovencito Uricoechea, que de pronto se reía con alegría de “¡miniminiminidau!”, ganó el premio de matemáticas y en una ausencia del padre Gomila, Ezequiel lo reemplazó por cerca de dos meses en la clase de trigonometría, con alumnos de veinte y veintidós años.

Ya sabía de lo que era capaz. Era un espíritu libre, que vislumbraba caminos nuevos en todas las cosas de la vida, y su mente no paraba de pensar. Allí empezaron sus problemas con el padre Gomila, que no quería ni perder la autoridad, ni mucho menos la fama de sabio al ser desprestigiado por los desplantes matemáticos de aquel jovencito que, durante un año, había demostrado su brillantez.

Corría el segundo año de estudios con el padre Ignacio, cuando el ángel Achagua de "¡miniminimidau!" vino a anunciarle que Graciano se moría. Ese día Ezequiel tenía examen de matemáticas, pero prefirió irse a Canoas a despedir a su amigo. Sentía una rabia profunda con la muerte, que se le llevaba cada dos años los seres que amaba.

En su caballo alazán, voló por el camino del sur y alcanzó a llegar para ver cómo el indio Graciano cerraba los ojos con la misma placidez con que había contemplado siempre la vida. Él, que lo había recibido en sus brazos aquella noche en que los dioses le otorgaron los dones de los tesoros de la naturaleza y la historia, yacía rodeado por todos sus recuerdos. Ezequiel podía ver los dioses de sus antepasados, también achacados y tristes, muriendo con este indígena que, en otras circunstancias, habría sido un Zipa, gran soberano de los muiscas.

Se despidió de su amigo, y luego caminó una vez más por los senderos de la infancia a la orilla del río, hasta el Salto del Tequendama. Allí se sentó sobre la alfombra de Simbad y Sheherazada, que habían venido a acompañarlo en su pena. Todos estaban en silencio, solamente hablaba el rumor de la catarata, mientras los tres dejaban caer de los ojos un río de lágrimas por el amigo muerto.

Ya entrada la tarde, regresó al paso que deseaba el caballo alazán, y entró a Santafé de Bogotá, cuando el cielo estaba lleno de estrellas. Tenía decidido volar tan alto y tan lejos como sus amigos con la alfombra mágica, especialmente ahora, cuando le esperaba la rabia del cura Gomila. En efecto, unos días después su hermano Sabas, que hacía las veces de tutor, fue citado ante el director del Seminario, porque el joven Uricoechea, al no presentarse a la prueba final, había perdido la asignatura y el premio de matemáticas.

El joven alegó en su defensa que, al fin y al cabo, ese examen no le servía para nada, pues durante el año había presentado seis, que todos eran la misma cosa y si no, ¿cómo explicaba que en todos hubiera sacado nota de excelencia? Y le dijo al reverendo Gomila que hacía un buen tiempo le quería decir cuatro frescas, pues Ezequiel Francisco de Asís Uricoechea



Rodríguez podía ser muy joven, pero lo que era agua en la boca eso sí no tenía, y que todo había sido una picardía del tal padre para quitarle el premio que él había ganado —dijo mirando a su hermano Sabas—, “porque él solito había resuelto los problemas a ciencia y conocimiento de toda la clase”.

Terminó retirándose antes que el padre Gomila lo expulsara. Años más tarde, en una carta a su amigo Rufino José Cuervo, le diría que “desde entonces conocí lo que son los tales frailes y los odio de todo corazón. Amén”. Sabas apoyó a su hermano y acordaron buscar otro colegio, y así estuvo tres meses, hasta finalizar el año, en el de Lorenzo María Lleras; luego pasó por el San Bartolomé deslumbrando a todos con su enorme inteligencia, de manera que se aburría en las clases y prefería irse a Canoas, en donde aprendía más mirando el mundo o bebiéndose la biblioteca heredada de sus padres. Terminó tomando clases particulares después de pasar por los cursos primero y segundo de literatura y filosofía en la Escuela General del Primer Distrito.

Así le quedaba tiempo para mirar el mundo, encontrándose con un Simbad y una Scheherazada que como él, empezaban a cambiar su aspecto físico, pues ya no eran niños que, sobrevolaban los techos inundando de escarcha de luz los aleros y asustando a los borrachitos trasnochadores. Ahora, eran adolescentes que se quedaban soñando los tres, flotando en la alfombra por horas y horas, mientras se preguntaban la razón de los secretos del universo.

El país también cambiaba debatiéndose en ideas nuevas y transformaciones formidables. Por ese tiempo, se definieron los nombres de “conservador” y “liberal” para los partidos dominantes. El conservador como un partido sosegado y reflexivo, poco o nada dispuesto a los cambios; los liberales, por el contrario, estaban nutridos por las nuevas ideas transformadoras que agitaban a Francia: el 21 de febrero de 1848, hubo un motín contra el rey Luis Felipe, las grandes masas de obreros tenían el fermento de las nuevas ideas socialistas y comunistas que, según Carlos Marx, “recorrían Europa como un fantasma”, llevando la esperanza de justicia social para los proletarios.

En Francia, los sublevados liberales, aliados con los socialistas, derrocaron el gobierno y se proclamó la República. Consagraron una nueva Constitución, amparada por los principios de Libertad, Igualdad y Fraternidad, con garantía de las libertades de reunión, asociación, petición, prensa y pensamiento. Los liberales de la Nueva Granada no tardaron en hacer

suyas las ideas socialistas renovadoras y se establecieron las primeras sociedades democráticas. Con ellas llegó también a América la fe en el poder transformador de la ciencia, que parecía capaz de sintetizar el pensamiento universal. Tal vez, fue eso lo que más llamó la atención a Ezequiel Uricoechea, quien, también por entonces, buscaba una verdad basada en las leyes generales de la naturaleza. De Francia llegaban las noticias de nuevos descubrimientos y novedosas explicaciones, surgidas de la mecánica, la astronomía, la física, la química, la biología y la medicina.

Las luces que le dieran los dioses muiscas, en el Salto del Tequendama brillaron en su memoria cuando conoció la colección de minerales de monsieur Michel Levy, uno de los científicos franceses que el presidente Mosquera contrató para que enseñaran química en el Colegio del Rosario, a partir de 1847. La sed de conocimientos era insaciable y la perspectiva de lo que ofrecía la ciudad provinciana era estrecha para un espíritu de mirada tan amplia.

—Aquí ya aprendí todo lo que me podían enseñar los colegios y los profesores particulares. Siento que ya sé más que ellos, querido Sabas, deseo aprender más, y para eso debo salir. Me voy a estudiar a Estados Unidos. El Flushing Institute de Long Island, cerca de Nueva York, me parece un buen lugar.

—Si es tu decisión, te apoyo en todo. Canoas está dando buenos rendimientos, y puedes contar con tu parte. Te deseo la mejor de las suertes, pues sé que la tendrás. —Además, Simbad y Scheherazada le habían dicho que la nieve era bella, y que con la alfombra mágica ese lugar, recorrido por ellos, les había parecido apropiado para él.

El 17 de julio de 1849, el joven Ezequiel Uricoechea, de quince años, estaba inscrito para la sesión de verano que se había iniciado el 7 de mayo. Pero se puso al día con una sonrisita de “¡miniminiminidau!”. Cuatro meses después, volaba en la alfombra mágica con sus amigos por entre los bosques de Long Island tapizados por la nieve.

Ya tenía en la mente estudiar medicina en la Universidad de Yale; esto del Flushing Institute parecía tan fácil, que hasta le quedó tiempo para “escribir una novela de escuelante que causó furor”.



Capítulo cinco

Flushing Institute,
autodisciplina y libertad religiosa.

Las cosas subsisten
a pesar del tiempo



legó tarde, porque el viaje hacia Nueva York se hacía a lomo de mula por el camino de Honda, luego en barco de vapor hasta Barranquilla y de ahí se cruzaba el Caribe en un buque mayor hasta la metrópoli. Arribó a Norteamérica, al apacible pueblito de Flushing en Long Island Sound, como otro de los jóvenes de familias acaudaladas que, por dispo-

ner de los recursos económicos suficientes, podían estudiar en el extranjero.

El Flushing Institute había sido fundado por el caballero Ezra Fairchild, hacía cuarenta y nueve años, y tenía su sede en el edificio más imponente de la ciudad: el Saint Ann's Hall, construido en 1828, con reminiscencias de templo griego. Bajo la dirección de Elías, el hijo del fundador, llegó a ser "la más notable escuela secundaria en América, que atraía estudiantes no sólo de Long Island, sino de cada estado de la Unión y de América Central y del Sur". Su secreto, que fue lo que llamó la atención de Ezequiel, era la amplitud de pensamiento de estos presbiterianos que, sin descuidar la disciplina y la responsabilidad, crearon una escuela con atmósfera de tolerancia e indulgencia. Allí le ofrecían estudio de lenguas, autodisciplina, y libertad religiosa, sin imposición de ningún credo, pues bastante había tenido con la inflexibilidad del cura Gomila.

Seis acres de bosques y prados con ardillas rojas rodeaban el edificio de cuatro pisos de Anne's Hall, que era mantenido impecable, gracias a los oficios de esclavos negros que sonreían y cantaban permanentemente sus melodías africanas. En el entresuelo de aquella maciza construcción, con un frontis de cuatro enormes columnas dóricas, estaban la cocina, los depósitos y el comedor, lugares oscuros y húmedos donde parecían habitar desde siempre las cocineras taciturnas y resonaban los ecos de las voces y los cubiertos tres veces al día. En el segundo piso estaban los llamados locutorios o salones de conferencias, la biblioteca y los aposentos del director y su familia; en los dos pisos superiores estaban los cuartos individuales de los alumnos, que eran unos ochenta.

El cuarto de Ezequiel daba contra la parte de atrás, y desde su ventana veía el edificio de dos pisos que tenía en su sótano la lavandería, en donde unas negras enormes, con trapos blancos en la cabeza, cantaban y restregaban ropa todo el día. En el primer piso había dos grandes aulas, y dos salas llamadas de recitación, en forma de paraninfos con una escena donde los estudiantes se paraban a declamar sus exámenes, oyendo resonar el eco de sus propias palabras. Encima, en toda la extensión del piso estaba el lugar mágico, la cueva del alquimista, en donde Ezequiel se metía cada vez que tenía un tiempo libre: el laboratorio. Desde la ventana de su cuarto, muchas veces pasó a ese recinto con el artificio de la alfombra mágica, que los negros esclavos miraban como lo más natural del mundo —para ellos era común que ese truco lo hicieran los sangomas,

hechiceros de su lejana África—, en medio de las risas de Simbad, Scheherazada y el angelito achagua de “¡miniminimidau!”.

Sabas se encargaba de enviarle cumplidamente los giros de 125 dólares semestrales, suma que para la época era considerable, y con la cual lograba cubrir, además de la enseñanza, el cuarto y la alimentación, el lavado, la calefacción y la luz. Ezequiel tuvo que pagar además un suplemento de 10 dólares, porque no llevaba cama, tendidos, toallas y el resto de la dotación completa demandada por el Instituto, la cual incluía hasta una Biblia y un paraguas.

El 17 de julio de 1849, llegaron a inscribirse dos colombianos para la sesión de verano, que había comenzado el 7 de mayo; es decir, hacía más de dos meses. Eran Ezequiel Uricoechea y Juan Pablo Arrubla, un joven que dos generaciones más tarde vería el mundo con los ojos de María Claudia, el hada Clo Capeleta, que volaba por entre los libros y las flores de un jardín lleno de niños.

Los estudiantes colombianos eran cuatro, pues, además de Uricoechea y Arrubla, estaban Teodorico Lozano, de Bogotá, y el cartagenero Lázaro Herrera, quienes muy pronto hicieron gavilla con dos venezolanos y dos mejicanos, y de vez en cuando alborotaban con sus canciones las tranquilas noches del Flushing. Al principio, el estudio fue pesado, especialmente debido a la demora en la inscripción y por eso les fue necesario registrarse en un curso de nueve semanas, a partir del 8 de octubre, cuando el mundo pasó del traje rojizo del otoño al abrigo blanco del invierno, mientras navegaban en el conocimiento con las clases de inglés, historia —que el instituto llamaba cívica—, cultura grecorromana, aritmética, álgebra, geometría, trigonometría, ciencias naturales, geografía, astronomía, química y física.

Ezequiel se inclinó por las matemáticas, las ciencias naturales y los idiomas. Desde entonces, había algo con la cultura árabe que le embelesaba el corazón; tal vez, porque en sus conversaciones con Simbad y Scheherazada le llegaban las noticias de los sabios, como el humilde Husayn ibn Abd Allah ibn Sina, el médico conocido como Avicena, quien tradujo a su lengua “el libro del eminente Galeno sobre las sectas médicas para uso de los estudiantes”.

Miraba hacia el cielo, y Simbad el navegante le contaba cómo Al-Kwarismi redactó el *Zij al-Sindhind*, o tabla de la posición de los planetas según el modelo indio, o cómo los conocimientos celestiales de Ptolomeo,



consignados en su libro *El Almagesto*, fueron verificados en la escuela de Maragheh, ciudad de Azerbaián, por el sabio Nasir al-Tusi.

Miraba hacia las cosas de este mundo y Scheherazada le leía *El libro de los balances* del sabio Geber, el mismo Jabir ibn Hayyan, compilador de los principios de la *al-quimiya*, la química, a partir de los cuatro elementos de Aristóteles: el fuego, el aire, el agua y la tierra. Aprendió que cuando entre sus naturalezas había equilibrio, las cosas subsistían a pesar del tiempo, sin ser consumidas por las dos luminarias —el Sol y la Luna—, ni enmohecidas por el agua de los estanques, como sucedía con el oro, que la naturaleza templó y purificó en todas sus partes.

Eso quería Ezequiel Uricoechea, que alguna vez su pensamiento volara y llegara a otros por encima del tiempo, ojalá a los niños y los jóvenes, para que soñaran, como decía Sheherazada que soñaban los árabes, pues mientras en Europa los señores medievales se mataban a garrote, en El Cairo, Alejandría, Bagdad, Samarkanda, Córdoba y Sevilla, florecían las refinadas escuelas de los jeques, donde se desarrollaban la medicina, la geometría y las ciencias del cálculo.

Se enteró de que “álgebra” venía de *El pequeño libro* de Al-Jabr y wa l-muqabala, es decir, la reducción y la comparación, del sabio Muhammed ibn Musa Al-Kwarizmi, quien redactó, con sentido práctico, “una obra concisa sobre el cálculo que las gentes precisan constantemente para sus herencias, sus testamentos, sus sentencias, sus transacciones y toda clase de negocios que realizan entre ellas, sobre todo la medición de las tierras, la construcción de canales, la geometría, y otras cosas del mismo género”.

Su cabeza, desde entonces, funcionaba como una locomotora, recorriendo veloz la llanura del conocimiento y, durante el casi año y medio que permaneció en el Flushing Institute, cumplió con el horario de la academia, que empezaba levantándose a las cinco de la mañana en verano y a las seis y media en invierno, una hora de estudio y luego dedicándose a rezar en la capilla, media hora antes de pasar al desayuno. A las ocho en punto sonaba una trompeta que llamaba a ponerse el uniforme para entrar a clase, y a las nueve de la mañana sonaba una inmensa campana, sostenida de dos gruesas vigas de madera, con el badajo atado a una cuerda, que tañía cuando los alumnos se retrasaban.

En clase permanecían hasta las doce del día, cuando los alineaban en el gran comedor para revisar que los zapatos brillaran, su ropa estuviera

impecable, el cabello bien peinado y sus ademanes, la compostura y la actitud fueran las de los caballeros británicos. Pasaban luego al almuerzo, y una hora más tarde retornaban a clase hasta las cuatro de la tarde, cuando tenían la posibilidad de ir al pueblito de Flushing para volver a las seis.

“Después de las seis nos llevan a la capilla, por si alguno había pecado en esas dos horas”, decía riéndose Ezequiel a sus amigos latinos cuando una hora más tarde terminaban de tomar el té, herencia de los gustos del abuelo Fairchild. De siete a nueve de la noche podían jugar, estudiar, o ejercitarse en el gimnasio situado en los predios traseros del Instituto, donde, al año, muchos de los jóvenes habían embarnecido como toretes en buen pasto.

A las nueve y media de la noche debían estar dormidos, pues apagaban el gas de la iluminación, aunque, por lo general, muchas lenguas seguían encendidas hasta más allá de las once, y la de Ezequiel era una de éstas. Hablaba con sus amigos latinos y, cuando ellos se dormían, llegaba a la ventana una alfombra mágica con dos adolescentes, Simbad y Scheherazada, que le acompañaban casi hasta la madrugada, pues desde entonces tenía en el cerebro el gusanillo del insomnio que tanto le haría sufrir después. Así, pasó el verano, el otoño y el invierno del 49. Con la primavera del año 50 le llegaban noticias en las cartas de sus hermanos contándole que el nuevo Presidente era el general José Hilario López y que con él venía una apertura de ideas y cambios para el país.

Cuando Ezequiel recibió a los dieciséis años su título de Bachelor of Arts del Flushing Institute, decidió seguir los pasos de Avicena, y se fue a la Universidad de Yale a estudiar medicina, en el cercano New Haven. Algo en su corazón le decía que tendría mucho que ver con la quina y con Scheherazada, pues soñaba con las dos por el camino.



Capítulo seis

Yale University

o los templos del conocimiento.
Una cabeza llena de proyectos



El Collegiate School había sido fundado en 1701 en Saybrook, Connecticut, y 17 años más tarde había sido instalado en New Haven, como universidad y con el nombre de su gran mecenas de entonces: el Señor Yale. La escuela de medicina había sido establecida en 1810, de manera que cuando Ezequiel Uricoechea llegó a inscribirse, la facultad llevaba 40 años de existencia, y era una de las mejores del continente. Los lecture terms o pe-

riodos de conferencias —cinco o seis diarias— se iniciaban anualmente el último jueves del mes de septiembre y continuaban por cuatro meses, al final de los cuales se llevaban a cabo los exámenes para grados y licenciaturas.

Cuando Ezequiel llegó a registrarse al edificio llamado South Sheffield Hall, una construcción maciza como un cubo de cuatro pisos, donde funcionaba la Escuela de Medicina, con un pórtico en forma de pequeño templo griego con tres columnas a cada lado de las escalinatas, vio que entre los robles enormes de los prados donde se espantaban las ardillas, alguien le hacía señas. El personaje pasó de un lado a otro de los matorrales, y Ezequiel le vio el andar apresurado de los ebrios y el ondear de la brillante piel negra del anteojado oso paramuno, y debajo, como una pícara y esponjada pluma, la cola de zorro. Se escondió entre la vegetación y la mano con una totuma se asomó ofreciéndole un trago de chicha.

—¡Fu! —Exclamó el joven, emocionado, al reconocer al borrachín dios de los muiscas que le participaba de la bebida de maíz recibida en las fiestas de la última cosecha, antes que la espada y la cruz españolas lo separaran de sus fieles, hacía más de trescientos años. Ezequiel probó un sorbo y el elixir le llenó el corazón de felicidad y la mente de luces. Vio el oro y recordó la silueta del tunjo que en la infancia le regalara Xue, el Señor Sol, y comprendió por qué decía el árabe Geber que el oro era perfecto, y en su alma se prefiguró el misterio de sus raíces y se sintió dispuesto a descubrirlo.

Entró a la oficina de registro con los ojos brillantes, las mejillas calientes y la sonrisa de Fu, sabiéndose dueño de secretos maravillosos, y listo a pagar sus derechos con el dinero que le había girado Sabas. A 12,50 dólares por cada curso, pagó en total 73,50 dólares por ese primer año de estudios. En el bolsillo llevaba las ramitas de quina, el árbol que cura las fiebres que matan en los pantanos: era el regalo del dios muisca que desde la infancia le llamaba "chu", en su lengua.

Como había llegado con el título de Bachelor of Arts, le esperaban tan sólo dos términos de dieciséis semanas anuales de estudio para obtener el doctorado después de un examen oral ante un comité de representantes de la escuela de Medicina y la Sociedad Médica de Connecticut. A Ezequiel le interesaron, particularmente, la biblioteca —cincuenta mil volúmenes— y un Museo de Historia Natural, con grandes colecciones de pájaros, insectos, peces, conchas, caracoles y un rico y bello gabinete de

mineralogía y geología. Allí estaban los verdaderos secretos, allí brillaban las luces que recibió en la infancia de los dioses muiscas en el Salto del Tequendama, y esos lugares eran para Ezequiel más interesantes que las conferencias sobre prácticas de clínica en el Hospital Municipal.

Su gran influencia fue el venerable profesor Benjamín Silliman, de setenta y un años, un sabio que dominaba la química, la historia, la mineralogía y la geología. Tenía la magia de hacer que sus estudiantes amaran la ciencia y no en vano era el científico más destacado e influyente de Norteamérica en su tiempo. Ezequiel y él se entendían por lo paralelo de sus vidas: Benjamín había entrado a Yale a los trece años, a los dieciséis era tutor en derecho, la carrera que había escogido, y a los veintitrés era profesor de química e historia natural en su College. Cuando fue a Inglaterra se contactó con los principales científicos de su tiempo y se interesó en la geología y la mineralogía, materias que enseñaría después, al retornar a Norteamérica y convertirse en el cofundador de la Escuela de Medicina.

El hijo de Silliman, también de nombre Benjamín, escribió dos libros titulados *Principios básicos de química* y *Principios básicos de física*, que fueron textos en los cuales Ezequiel estudió. La hija de Silliman padre se casó con James Dwight Dana, geólogo, zoólogo y mineralogista que publicó un *Sistema de mineralogía* y un *Texto de geología*. De los Silliman y Dana aprendió que en el universo de la ciencia se debe estar permanentemente activo y, como ellos, siempre actualizado, proponiendo, buscando, publicando, como lo hacían ellos en las diversas revistas científicas de su tiempo.

“Lo que me gusta es que no son mediocres”, decía Simbad que, para entonces, ya empezaba a tener los anchos hombros de navegante, la sonrisa llena de sol y los bigotes de aventurero que se preparaba para su primer viaje.

La tesis de doctorado de Ezequiel fue sobre la Cinchona, la ramita que el dios muisca Fu le había puesto en el bolsillo. Era un trabajo de dieciocho páginas escritas a mano, en inglés, con su elegante caligrafía. “La botánica de la cinchona” era el primer capítulo, donde describía el árbol, mencionaba sus características y elogiaba al sabio José Celestino Mutis. En su segundo capítulo, “La química de la cinchona”, Ezequiel describió los análisis hechos por los químicos, el aislamiento de la *cinconina*, su alcaloide, y el uso y efectos de sus diferentes sales, en especial el sulfato de cinconina.

El tercer capítulo, titulado "La historia de la cinchona", se refería a la palabra quinina, la más usada en Europa, cuyo origen, según el sabio viajero Charles Marie de la Condamine, podía ser el término **quina ai**, que en idioma quechua designa una especie de chal o mantilla. Cuenta que los indígenas la conocían mucho antes de la llegada de los europeos y su uso se remontaba a leyendas, como la del indio enfermo que vio un jaguar herido que mascaba la corteza de ese árbol, y se dijo "Si es buena para él también lo será para mí", lo imitó y se curó. Otros dicen que los jesuitas seguían el ejemplo de los indígenas de reconocer las plantas mordiéndoles la corteza, y al sentir amarga la cinchona la consideraron medicinal y le descubrieron sus propiedades curativas.

Otra leyenda tenía relación con el indígena enfermo y sediento que bebió el agua de una fuente donde se había caído una corteza de cinchona, y gracias a ello sanó; aunque también estaba la historia de la virreina del Perú, la condesa de Chinchón, quien enferma de fiebres, se curó gracias a la quinina tomada por consejo de un corregidor. Al retornar a Europa llevó una buena cantidad de la corteza que su médico, don Juan de la Vega, se encargaría de distribuir en Sevilla. Afirma que por eso la quinina recibe los nombres de "polvos de la condesa", o "polvos de los jesuitas". La fama de este remedio, que era desconocido en Europa, se extendió rápidamente y su fuente permaneció en el misterio para los europeos, hasta que Luis XIV, en 1769, la hizo pública, después de comprar el secreto a un inglés. Pero el árbol productor de la quina se hizo conocer tan sólo en 1738, cuando La Condamine lo describió y Linneo le dio el nombre de **Cinchona officinalis**. En el siguiente capítulo, "Los usos medicinales de la cinchona", Ezequiel habla de las propiedades tónicas y febrífugas en casos de escarlatina, sarampión, viruela, carbunco y abscesos. Menciona que puede ser aplicada en infusión, tintura, píldoras, etc., o en forma de licor, como la usaba Mutis, pero aplicada con prudencia.

La tesis se cierra con el capítulo "Las enfermedades de la cinchona", donde relata algunos casos de efectos secundarios y alaba las posibilidades de la química en el mundo. Finaliza con la esperanza puesta en América del Sur, "el hogar de la cinchona", en donde la enorme riqueza de plantas con poderes curativos podrían "aliviar nuestra condición y esparcir alegría a nuestro alrededor".

El espíritu de orgulloso americanista empezaba a cimentarse en Ezequiel, y hacia el final de su carrera publicó en el **New York Herald**,

el 10 de abril de 1852, el artículo "Las minas de oro de la Nueva Granada", con toda su esperanza puesta en las inmensas riquezas de "ese bello país" que describía como, si de verdad, lo hubiera recorrido por encima con una alfombra mágica.

La patria de ese entonces se abría al mundo: el presidente José Hilario López contrataba una Comisión Corográfica para que levantara mapas y describiera las potenciales riquezas de la Nueva Granada. Ezequiel describía el Chocó como "una segunda California" y mencionaba los yacimientos auríferos de los ríos Atrato, Cauca y las minas de Antioquia, las esmeraldas de Muzo y los depósitos de cobre en Monquirá.

"Hora, mis amigos, de desdoblar la alfombra mágica que el camino es Alemania", dijo Ezequiel después de recibir el grado de doctor en medicina de la Universidad de Yale, al aprobar los exámenes con el jurado que por un momento tuvo que deliberar, pues la edad exigida para graduarse era de veintiún años y estaban ante un jovencito de dieciocho que los deslumbró con sus capacidades. El decano, doctor Charles Hooker, miró al sabio Benjamín Silliman y él hizo una seña casi imperceptible, como si un colibrí le hubiese rozado la frente y dio la aprobación. Era el guiño que le hacía a Ezequiel para que pudiera viajar a Berlín a entrevistarse con Alejandro von Humboldt, a quien Silliman también conocía.

Por entonces, en el corazón del joven Uricoechea tintineaba el tunjito de oro que le diera Xue, el Señor Sol, y que Scheherazada portaba en su cuello, colgado de un hilo de luz.



Capítulo siete

Gotinga: "Os esforzaréis por alcanzar la verdad".

Los secretos
de los seres y las cosas



Quando Ezequiel llegó a Berlín, después de la larga travesía por el Atlántico, desde Nueva York, lo primero que hizo fue dirigirse a la casa de Alexander von Humboldt, siguiendo el mismo camino que en otros tiempos recorrieran Antonio Nariño, Francisco de Paula Santander, Camilo Torres y Pedro Alcántara Herrán. La ciencia entonces era también asunto de los que querían ser libres.

El joven Uricoechea encontró un viejecito de ochenta y tres años, perfectamente lúcido, que trabajaba en el cuarto tomo de su cosmos, la síntesis de sus trabajos, pero amablemente interrumpió su actividad cuando le dijeron de quién se trataba. El maestro recordaba con claridad la hacienda Canoas con el Salto del Tequendama que tanto le había gustado. Al ver al joven doctor granadino, su corazón experimentó un ramalazo de alegría y su memoria voló cincuenta años atrás, a las tierras que por entonces España todavía dominaba.

—El tiempo vuela, me pareció ver otra vez a tu abuelo, don Fernando Rodríguez de la Serna. ¡Te pareces tanto a él! —dijo Humboldt, el científico más grande de su tiempo, en quien Uricoechea volvió a encontrar un espíritu de altos vuelos con el cual compartir ideas y sueños, pues él también era capaz de ver a Scheherazada y a Simbad—: A mi edad ya no quedan misterios, pueden entrar, los amigos de mis amigos son bienvenidos —les dijo, cuando los vio flotar en su alfombra mágica sobre el florecido jardín de la primavera alemana, esperando a que Ezequiel terminara la visita. En las reuniones, que se hicieron más asiduas, el joven granadino aprendió sus primeras frases en el idioma alemán, e incluso Humboldt le escribió en su diario de apuntes —que Ezequiel llamaba “el álbum”— algunas líneas cariñosas.

—Ezequielito, quédate a estudiar aquí en Berlín, entra a la Universidad que fundó mi hermano Guillermo —le dijo, convencido de que si la revolución de los criollos contra España le había hecho perder a Francisco José de Caldas, ahora, con Uricoechea, podría tener cerca otro sabio americano. El joven miró de reojo a Scheherazada, que era una bellísima mujer joven, vestida como las princesas orientales:

—Le temo a los placeres y a la pérdida de tiempo, las tentaciones de las grandes ciudades, maestro Alexander; me gustaría mejor ir a la provincia. Usted, ¿qué ciudad me recomienda? —dijo Ezequiel sonrojándose un poco.

—Gotinga —respondió Humboldt, sin dudarle, pues él había estado allá de 1787 a 1788.

—Sigue los impulsos de tu corazón, pero ojalá no te arrepientas. Que después no te vaya a pesar, pues la vida es una rueda que empieza a andar el día que nacemos y jamás se devuelve —dijo mientras le escribía una nota de recomendación para sus amigos en la universidad.

Gotinga era una ciudad medieval, todavía cercada por murallas, pequeña, y de ambiente rural, donde “en cada casa los habitantes tenían cuatro

cerdos y tres estudiantes". Ezequiel llegó a ella montando a caballo; acompañándolo al lado flotaban en la alfombra Simbad y Scheherazada. A ella la brisa fría del final del otoño le hacía llorar los ojos, y Ezequiel comprendió que la vida es como un árbol de múltiples ramas y que el destino nos lleva por una de ellas, tal vez, escogida al azar, y que su amada Scheherazada lloraba porque no quería que él tomara este camino.

—¡Miniminiminidau! —dijo el joven Uricoechea para que el angelito achagua viniera a espantarles la tristeza y nadie llegara con lágrimas a Gotinga.

La universidad había sido fundada en 1737, con el objeto de procurar una fuente de ingresos al Estado territorial mediano de Sajonia y originar un foro del espíritu libre. Se convirtió en un centro de la erudición alemana, no sólo por su bien dotada biblioteca, sino por la calidad de los sabios vinculados a ella, siempre a la altura del progreso científico del siglo, especialmente en las ciencias naturales.

"Vamos bien, en esta universidad fueron profesores los hermanos Grimm, los colegas de los cuentos de hadas", dijo Simbad, contento de llegar como un marino a otro puerto.

"Entonces nos quedamos", aseguró Ezequiel y procedió a la inscripción en la Facultad de Filosofía. Quedó registrado así:

Matr. Nr. 4491 (157), 23 Mai 1852
Ezequiel. Vater: Bogotá-Nuwa Granada
Nuwa Granada; phil. Reisepass

No le pusieron el apellido, y el secretario confundió el "Bogotá" del Pasaporte (Reisepass) con el apellido del padre (Vater), y copió mal el nombre del país: "Nuwa" Granada.

"Por lo visto, Fu pasó primero por aquí y le dio chicha a este pobre secretario", dijo Scheherazada con una sonrisa indulgente.

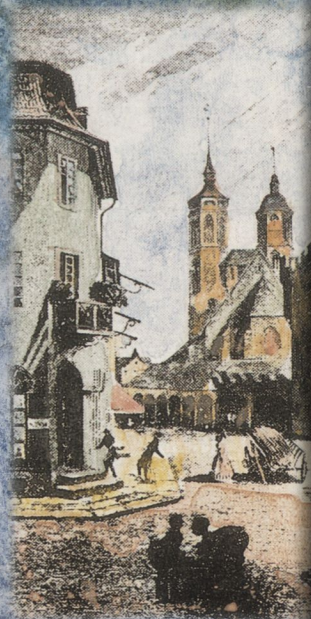
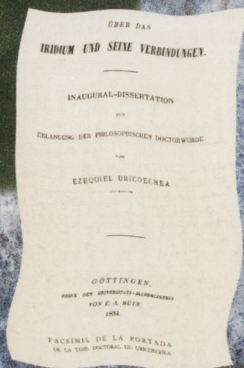
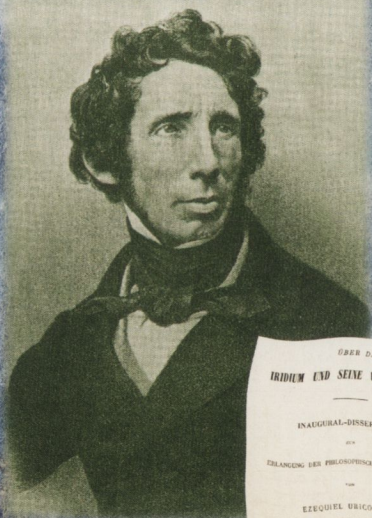
El 23 de mayo de 1852, Ezequiel tenía dieciocho años y todas las ganas del mundo para seguir aprendiendo cosas nuevas. Y la vida, la magia, el destino, se unieron para que, así como en Yale había encontrado a Silliman, en Gotinga encontrara a Johann Friedrich Ludwig Hausmann, geólogo y mineralogista, a Heinrich August Ludwig Wiggers, farmacólogo, y sobre todo a Friedrich Wöler, uno de los químicos más importantes de su siglo, descubridor del aluminio y el silicio. Otra alma paralela, que colecciona

naba monedas y minerales, y que había sido el primero en producir una materia orgánica, la urea, a partir de materias no orgánicas.

“Alá, que es Grande, los hace y ellos se juntan”, exclamó sonriente Scheherazada.

El alojamiento para el semestre de invierno de 1852 a 1853 fue un cuarto de trabajo y una alcoba en casa de la familia Schlotthauber, en la Weenderstrasse 57, la calle más distinguida de entonces en Gotinga. La

Friedrich Wöhler 1800-1882



casa daba contra la iglesita gótica del apóstol Santiago, y hacía esquina con el cementerio.

—Me gusta —le dijo a sus amigos abriendo la ventana—, tenemos habitación con vista a los ángeles y al más allá—. Un viento helado entró, casi como un mal presagio, y aunque tenía mucho para leer y estudiar, el insomnio empezó a molestarlo con mayor frecuencia y entonces echaba de menos la chicha de Fu, que el dios llamaba “la cabecera”, y que daba tan buen resultado para soñar tomándosela antes de irse a

Ciudad de Gotinga



San Pedro de Lugo
Hermano, 1752-1839



dormir. Tan pronto pasó el semestre y llegó la primavera, lo primero que hizo Ezequiel fue cambiarse de casa.

Encontró una habitación frente al antiguo laboratorio de química en la Hospitalstrasse, donde hacía sus prácticas para el doctorado, y allí continuó viviendo durante los semestres de verano del 53, el invierno de ese año y el verano del 54. Wöhler lo animó y apoyó para hacer análisis y luego publicar sus procedimientos y resultados en la revista *Anales de Química y Farmacia*.

Los artículos fueron "Análisis del hierro meteórico de Toluca y de El Cabo" y "Sobre la grasa de la *Myristica otopa* y un nuevo cuerpo: el otopit". En el primero, Ezequiel examinó fragmentos de un trozo de meteorito caído en las proximidades de Toluca, en Méjico, y las limaduras de otro hallado en El Cabo, África, y comparó sus resultados con los análisis del mismo Wöhler, hechos al meteorito hallado en Rasgatá, un pueblo al noreste de Bogotá y cuyas muestras fueron llevadas a Europa por el naturalista Boussingault, en 1823.

En el otro artículo describía una grasa que los indígenas obtenían al exprimir los frutos del árbol conocido como otopa, y que empleaban para combatir las enfermedades de la piel. Ezequiel hizo una descripción de la planta, estudió las cualidades físicas y químicas de la grasa y extrajo un aceite, que llamó otopit y encontró que en su composición química era esencialmente idéntico al de la nuez moscada común.

Un día, revisando entre sus papeles, encontró la ramita de cinchona que le había dejado el dios Fu, y de inmediato le volvió a la mente su tesis de grado en Yale, y vislumbró la posibilidad de analizar químicamente la quina. Le escribió a Sabas para que le mandara muestras de la variedad bogotana, clasificada como *China bogotensis*, y le dijo que ojalá ("Wa-ss' Allssh": "y quiera Dios") fuera recogida en distintas partes, como Chipaque, Suaque, Fusagasugá, o el Aserradero, "hasta una distancia de 16 leguas de Bogotá", y una onza del sulfato de quina que producía la casa Manuel Umaña & Co., de los árboles de la hacienda Tequendama.

Otra vez el laboratorio se llenó con las esencias de la tierra caliente, con el ruido de los aguaceros tropicales y la alegría de los animales del monte. Ezequiel trabajó entonces con el profesor de farmacología Heinrich August Ludwig Wiggers, quien tenía en su colección otras variedades de quina, el único remedio de entonces y desde las épocas de la colonia, contra las fiebres palúdicas. El resultado fue el artículo "Acerca de las cortezas de

cinchona de Nueva Granada”, aparecido en 1854 en la *Revista de Farmacia y Transacciones*, en donde concluía que los contenidos de sulfato de quinina difieren según la variedad de cinchona, y que las de la Nueva Granada son de excelente calidad y terminaba escribiendo: “con gran placer puedo decir, que nuestro país no solamente produce la fuente del renombrado específico, sino también los hombres y las mentes para preservarlo, y para distribuirlo a sus hermanos del mundo”.

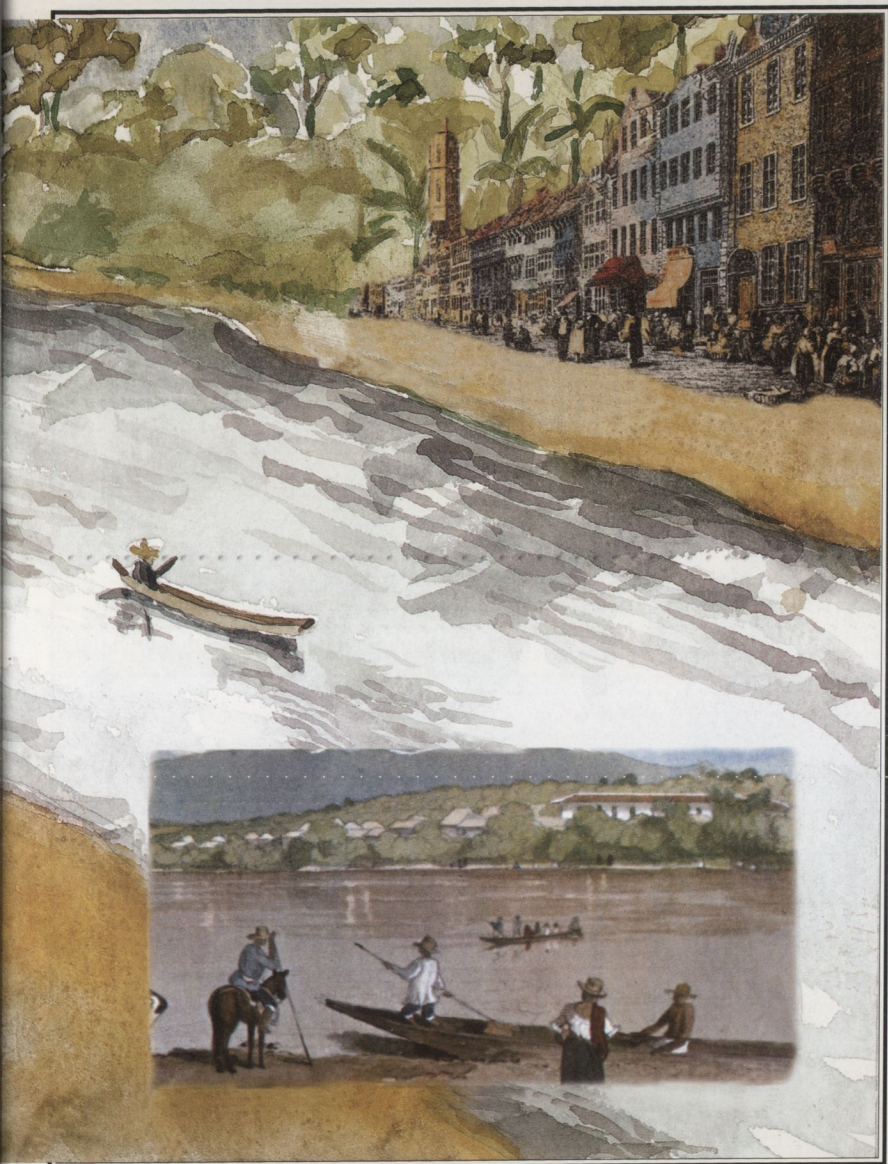
Ya a punto de finalizar su carrera, escribió para la *Revista Americana de Ciencias y Artes*, el artículo “Análisis de dos ídolos de oro de los aborígenes de la Nueva Granada”, que antecedió su “Memoria de las Antigüedades Neogranadinas”.

Cuando llegó el invierno, Ezequiel se concentró en su tesis de grado: “Sobre el elemento iridio y sus compuestos”, que aprovechó para hablar —otra vez— de las maravillas de la Nueva Granada. Era una nueva oportunidad para subirse a la alfombra mágica de sus amigos y volar por la historia de los seres y las cosas. Empezó con la historia del platino, a cuyo descubrimiento se debió el de otros metales, entre ellos el iridio. Ezequiel hablaba de la platina, era “un metal de color de plata encontrado normalmente en forma de pequeños granos”, hallado en el Chocó, entonces parte de la provincia de Quito, que fue del Perú, hasta que, en 1718, volvió a la Nueva Granada.

Entonces, empezó a llover dentro del laboratorio, dentro de la habitación de Ezequiel, sobre la ciudad de Gotinga y, en pleno invierno alemán la gente sintió el sopor de Condoto, los aguaceros interminables, el chapoteo de las canoas cargadas con racimos de plátano, los ríos hinchados y la selva lluviosa. Del corazón del joven Uricoechea empezaron a salir las historias de la selva, adonde los españoles llevaron negros del Senegal, para que lavaran las arenas con bateas de palo en pos de las pepitas de platino. Por las ventanas del laboratorio fluían las aguas de Choromandó, el Atrato, erizadas a trechos con las vigías, que eran las barreras fortificadas en los ríos que los europeos habían puesto para controlar el tráfico de oro y de platino. Así fue como en la reconquista, cuatro años después del grito de independencia, las tropas del rey de España decomisaron el mayor pedazo de platino hallado en la Nueva Granada, en el riachuelo Condoto, en el terreno de la fábrica de jabón de tierra de Ignacio Hurtado.

“La llevaron a España junto con la colección de José Celestino Mutis, donde la incorporaron al museo de Madrid en 1822”. Y habló de otro gran pedazo de platino que su amigo Humboldt llevó al Museo de Berlín, y dijo





que el planeta Tierra tenía, como una reina, una corona de platina del Pinto —que fue como le llamaron inicialmente cuando llegó a Europa—, y que iba por el subsuelo desde el Chocó a Groenlandia, y que afloraba en California y en los Urales.

Escribió en su tesis que el capitán Charles S. Cochrane, llamó al platino oro desnaturalado, y habló de las investigaciones del naturalista Georges Louis Buffon, que apenas vislumbró lo que se descubriría de este metal en el siguiente siglo, junto con el iridio y otros seis. En las últimas catorce páginas Ezequiel describe la experimentación con el iridio, en el laboratorio de Wöhler, que Scheherezada volvió cueva de alquimistas.

Aislaron compuestos con ácido fosfórico, con flúor, con bromo y sodio, con sulfuro y con cloro, y se metieron en un universo que les permitía ir del pasado al futuro, de manera que, a veces, en vez de pedir ácido sulfúrico el alquimista se asomaba y les hacía decir ácido vitriólico o espíritu de vitriolo; y a la plata a veces la llamaban Diana o le decían Luna, y al ácido muriático espíritu de la sal, y espíritu del vino al alcohol y azafrán de Marte al óxido de hierro que carcomía las rejas de la universidad.

Pero un día despertaron, se acabó el semestre, Ezequiel pasó a limpio sus resultados, envió la carta de solicitud a la Honorable Facultad de Filosofía, adjuntó un currículo donde decía que su vida había sido siempre la de estudiante, y que había tomado las clases de cálculo diferencial con el profesor Stern, física con Weber, mineralogía, geognosología, nuclearología y los laboratorios de Demostraciones Mineralógicas con Hausmann y química con Wöhler todo el tiempo, y que expresaba sus “calurosos agradecimientos a mis respetados profesores a cuya excesiva amabilidad estaré siempre obligado”.

Le aceptaron la propuesta, cuyo Doktorvater (“Padre del Doctorado”) fue el mismo Wöhler. El decano, Karl Friedrich Christian Hoeck tuvo el honor de presentar al Ordini Amplissimo —la Respetabilísima Facultad— las solicitudes, tesis y *curriculum vitae* de los dos candidatos para el grado de doctor: los señores Seifarth de Langensalza (Prusia) y Uricoechea de Bogotá (Nueva Granada). Enseguida aparecían las firmas de los profesores que serían jurados para el examen oral: Gaus, Ewald, Hausmann, Ritter, Sartorius, Waitz, y Weber.

Carl Friedrich Gauss era profesor de matemáticas y de astronomía; con Arquímedes y Newton, fue uno de los sabios más famosos de todos los tiempos; él y Weber contribuyeron a hacer de Gotinga uno de los principales centros mundiales de las matemáticas y de la física.

Ezequiel pagó sus derechos de grado y se presentó al examen el miércoles 15 de marzo de 1854, a las tres horas en la casa particular del decano Hoeck. El indio Graciano se hizo presente, vestido con la túnica y los ornamentos de los Zipas muiscas, acompañado de José María y Mariana, los padres del estudiante, y los dioses de los antepasados, entre ellos Fu, que llegó tambaleándose, insistiendo en que se tomara un traguito de chicha, para que le diera tranquilidad y le aclarara la mente, Sheherezada le dio un beso y Simbad un abrazo.

Quando salió, casi dos horas más tarde, se le notaba el alivio de haber dejado toda la tensión y de haber deslumbrado con sus conocimientos al jurado: "Me fue bien", dijo dándole un abrazo a quienes habían venido desde el fondo del tiempo y de la historia para acompañarlo. Aceptada su tesis, prestó el juramento, que se leía en latín:

JURAMENTO

Que los maestros en Filosofía de la universidad Georg-August han de presentar antes de la proclamación del doctoramiento.

Antes de que el sumo grado honorífico

En Filosofía os sea conferido, juraréis:

Este grado honorífico

No lo obtendréis otra vez en otro lugar

Para deshonorar esta universidad,

Y, si llegaréis a ser docente,

Os esforzaréis por alcanzar la verdad

Y si filosofareis sobre Dios y la religión

No lo haréis sino piadosa y humildemente.

¡Así, Dios os ayude!

El candidato responde

¡Así, Dios me ayude!

[Firmado] Ezequiel Uricoechea

"Ojalá Dios lo quiera y te ayude siempre", dijo Scherezada, mirando a ese hombre que antes de veinte días cumpliría veinte años, y era como un pájaro que extendía sus alas para volar sobre Europa, antes de retornar a América.

“Les propongo que extendamos la alfombra mágica para que viajemos a Bruselas a mirar algunos mapas con Quetelet y Van der Maelen, o vamos a Berlín, a la librería de Schneider, a ver si logramos que me publiquen de una vez mis **Memorias sobre las antigüedades Neogranadinas...** Pero sus amigos no respondían, lo miraban con ojos donde se pintaba una tristeza como de despedida.

“¿Qué pasa? ¿No quieren venir, ahora que yo estoy tan contento?”.

Simbad miraba para otro lado y el angelito achagua de minimiminidau estaba serio, sus padres y los dioses muiscas ya se devanecían en el aire transparente de marzo. Sólo Scheherazada lo miró a los ojos y le dijo la verdad: “Hasta hoy podemos acompañarte, el resto de tu camino lo debes recorrer solo. Es la decisión de los dioses que nos enviaron a buscarte cuando eras un niño extraviado en el Salto del Tequendama. Simbad debe ir a viajar, y yo a contar cuentos para poder sobrevivir. Nos vemos en Al Zeitouni”.

Luego le dio un beso. Ezequiel puso su corazón en esa boca y se convenció de que jamás podría amar a otra mujer que no fuera “esta hermosa del velo suave, tan suave como el ala de un palomo”, aquella de quien las Pléyades que brillan por la noche tomaban de sus ojos su claridad y los astros nocturnos eran los únicos dignos de servir de collar a su garganta.

Ezequiel quedaba solo en la vida, con un destino al frente, como corresponde a todos los seres humanos. Le pareció extraño no sentirse triste, pues tenía la firme convicción de poder abrir muchos senderos. Con una sonrisa en la boca se quedó pensando qué lugar podría ser Al Zeitouni.



Capítulo ocho

Veintiséis años después.

Al Zeitouni: Las Puertas del Cielo



onsieur Uricoechea, le solicitan en el jardín” dijo el valet del H(tel de Ville, en la ciudad de Beirut, en donde se encontraba alojado el ilustre profesor de lengua árabe de la Universidad Libre de Bruselas, de paso hacia el desierto, donde habría de convivir con una de las tribus para perfeccionar su dicción.

En junio de 1880, concluidos los dos primeros cursos en la Universidad Libre, decidió su viaje al Oriente Me-

dio, con la idea de retornar en febrero del año siguiente. Se notaba un poco agotado después de la travesía desde Marsella, en donde se había embarcado para Alejandría, y luego de hacer un recorrido por los Santos Lugares, de manera que en julio ya estaba en su destino final: Beirut.

Se levantó de su mesa y, al dirigirse hacia el jardín sombreado por las palmeras datileras y refrescado por las cantarinas fuentes decoradas con mosaicos, pasó frente a un espejo y vio su rostro cruzado por las líneas del tiempo y su cabello y su barba casi completamente blancos.

“Las canas y la debilidad de cabeza anuncian que todo concluye, todo se gasta y se acaba en este mundo”, pensó, porque desde hacía algunos años su cerebro no podía dormir ni dejar de pensar, y así lo había escrito en una de sus muchísimas cartas a su amigo Rufino José Cuervo:

“Creo que una congestión cerebral constante me tiene medio alocado, es decir que se mete una idea y es tal la persistencia de ella —por trivial y tonta que sea— que me desvela sin poderlo remediar por más esfuerzos que hago. Esta máquina ya necesita unto, y creo que el único unto radical es el unto de la fosa”.

En el jardín lo esperaban un hombre y una mujer vestidos a la usanza del lugar y, en un principio, creyó que se trataba de dos emisarios de la tribu con la cual pensaba convivir para mejorar su pronunciación, pero su corazón dio un brinco cuando los reconoció por encima de los años de la separación: —¡Scheheherezada, Simbad, mis amigos del alma, qué alegría volver a verlos! —exclamó al verlos.

—Vinimos a que nos cuentes qué ha sido de tu vida —dijo la hermosa mujer tomándolo de las manos y sonriendo al sentir el estremecimiento de amor de Ezequiel por ella, que había sobrevivido a los avatares del tiempo.

Se internaron en el jardín, perfumado por los naranjos y los limoneros cargados de frutos, y un aire de magia los rodeó cuando se sentaron los tres, como lo hacían cuando eran niños, en la alfombra mágica que flotaba sobre la frescura de un estanque repleto de nenúfares.

—¿Que les cuente todo, desde la última vez que nos vimos?

—Todo —dijo Simbad, que se había vuelto un hombre recio después de sus siete viajes por los mares encantados de **Las mil y una moches**.

Y Ezequiel Uricoechea empezó a contarles cómo, después de su grado, cuando se despidieron, lo primero que hizo fue viajar a Berlín, en ese mismo año de 1854, para publicar, en la librería de F. Schneider la **Memoria sobre las Antigüedades Neogranadinas**, libro que el tiempo se encargaría de consagrar como el comienzo de los trabajos arqueológicos

de la Nueva Granada, y que llegaría a influir, al otro lado del tiempo, tres generaciones después, a los jóvenes hombres de ciencia, como Santiago Mora Camargo y Franz Flórez, quienes escribirían unas *Nuevas Memorias sobre las Antigüedades Neogranadinas o de la cronología en la arqueología colombiana y otros asuntos*, dedicadas "A Ezequiel Uricoechea, por si acaso".

—Al año siguiente me fui a estudiar astronomía y meteorología durante ocho meses en el observatorio de Bruselas, con Lambert Adolphe Jacques Quetelet y geografía con Phillippe-Marie-Guillaume van der Maelen, entonces te pensé mucho, Simbad, y me decidí a hacer la Mapoteca Colombiana, dedicada a Van der Maelen y a Sabas.

Por esos tiempos, Sabas manejaba los negocios de la familia y siempre, como buen hermano mayor, le escribía a Ezequiel contándole que el gobierno del presidente José María Obando había aprobado la Constitución de 1853, de claro corte liberal, que era poco más o menos el sueño liberal de los franceses, pero no duró, pues fue abolida por la dictadura de José María Melo.

Ezequiel dijo que en 1855 y 1856 viajó por Europa y se hizo miembro de las Sociedades Geológicas de Francia y Alemania, y desde París mandó la carta para postularse como miembro de la Sociedad Mejicana de Geografía y Estadística, en la cual fue admitido el 3 de enero de 1856, cuando le faltaban tres meses para cumplir veintidós años.

"En mi carta yo hacía un llamado a la unión de nosotros los estudiosos hispanoamericanos, ligados con los lazos de la hermandad y la tarea de mostrar al mundo entero que en la América no sólo hay oro, plata y piedras preciosas, sino también las más valiosas dotes del saber, les explicó.

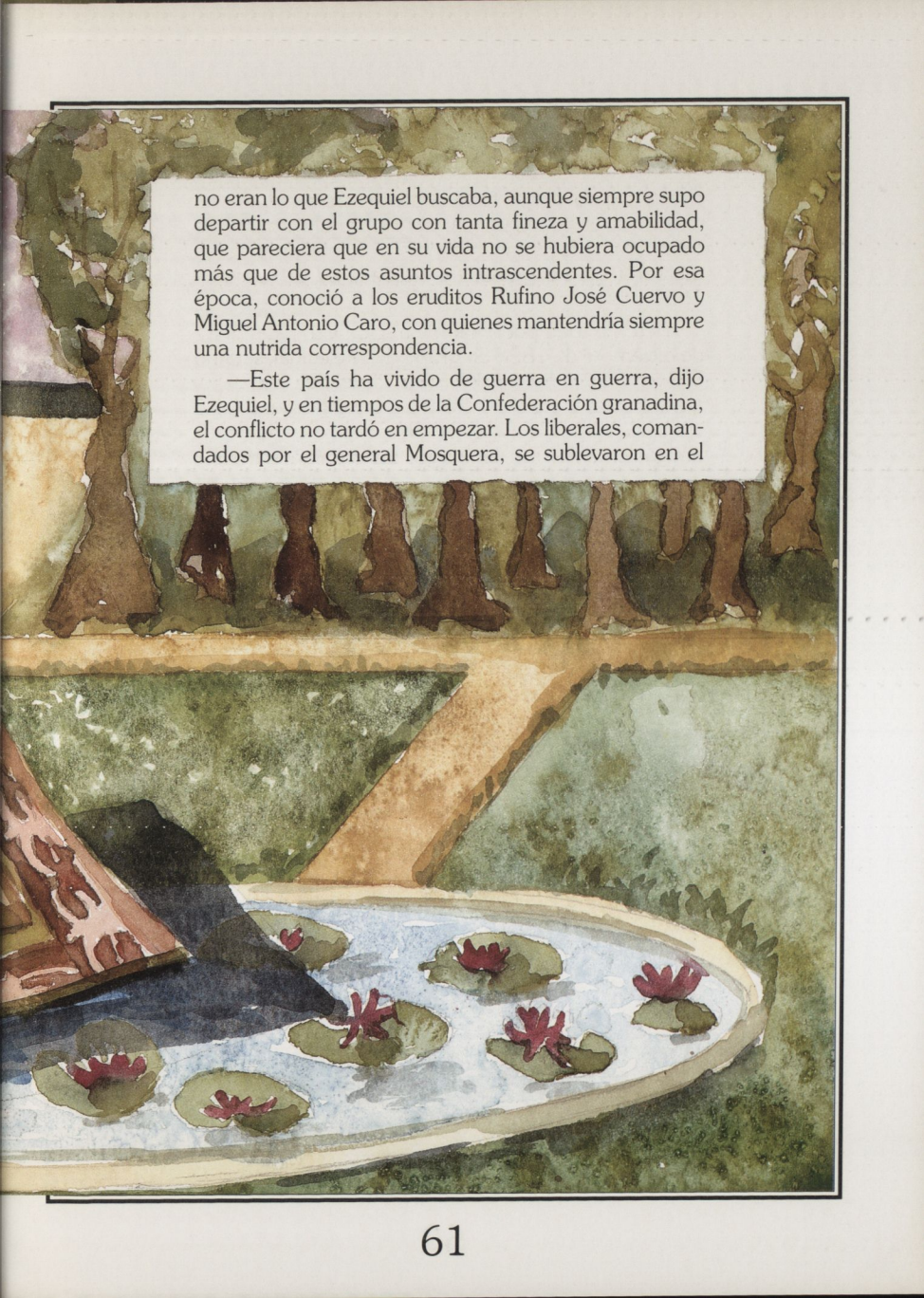
—¡Qué linda esa manera de pensar!, Ezequiel, y ¿cuándo volviste a tu tierra? —preguntó la bella Scheherezada.

—Al año siguiente, en 1857, y cuando regresé a la Nueva Granada, encontré todo bastante convulsionado, pues se había creado la Confederación Granadina, el nuevo presidente era Mariano Ospina Rodríguez y los liberales en la oposición hablaban de la guerra. Yo entré a regentar la cátedra de Mineralogía y Química en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, donde iba a durar diez años enseñando. Yo quería continuar mis investigaciones sobre el Otobil, pero el Laboratorio Nacional, cedido por una ley del Congreso al colegio de Nuestra Señora del Rosario, permanecía cerrado, pues el señor Presidente de la Confederación objetó dicha ley. Era el mejor laboratorio que había llegado al país, pero fue bárbaramente destruido en una de las guerras civiles. Pero, ¡qué caramba!, yo

estaba seguro de que todo estaba por hacerse, y si no podía trabajar en Química, ahí estaba el clima, y fue cuando empecé a publicar mis observaciones sobre meteorología neogranadina, desde el 27 de mayo de 1857 hasta noviembre de 1859”.

Pero no todo podía ser frustración y tristeza: el 21 de diciembre de 1858 un grupo de intelectuales fundó El Mosaico, una miscelánea de literatura, ciencias y música. Sus socios no tenían obligación alguna, sólo reunirse para tomar el chocolate y departir amigablemente. Sin embargo, las reuniones frívolas



A watercolor illustration of a pond. The pond is filled with several lily pads and bright pink flowers. The water is a light, pale blue. The pond is bordered by a thick, brownish-orange frame. Above the frame, there are stylized trees with green foliage and brown trunks. The background behind the pond is a mottled green and brown wash.

no eran lo que Ezequiel buscaba, aunque siempre supo departir con el grupo con tanta fineza y amabilidad, que pareciera que en su vida no se hubiera ocupado más que de estos asuntos intrascendentes. Por esa época, conoció a los eruditos Rufino José Cuervo y Miguel Antonio Caro, con quienes mantendría siempre una nutrida correspondencia.

—Este país ha vivido de guerra en guerra, dijo Ezequiel, y en tiempos de la Confederación granadina, el conflicto no tardó en empezar. Los liberales, comandados por el general Mosquera, se sublevaron en el

Cauca contra el gobierno de Mariano Ospina Rodríguez, a quien derrotaron en 1862.

—¿Pero pudiste volver a la química? —preguntó Simbad.

—Bueno, más que todo a la docencia, y de eso queda un libro que se llama *Elementos de mineralogía*, yo estimaba esta obra como la primera que trata en castellano la materia como se debe y da a conocer algo de nuestra América, pero desafortunadamente nunca se publicó.

Balanceándose en la alfombra voladora, buscaron la sombra del sol brillante del mediodía y Ezequiel les contó cómo, durante una excursión común de las clases de química y mineralogía de Botánica del Colegio del Rosario, con el profesor Francisco Bayón, por los flancos del cerro de Monserrate el 4 y el 5 de Junio de 1859, les surgió la idea de fundar la Sociedad de Naturalistas Neogranadinos. Cuatro días más tarde la inauguraban oficialmente, con la aprobación de los estatutos por parte de los socios fundadores: Presidente: Ezequiel Uricoechea, Tesorero: Liborio Zerda, Secretario: Juan Manuel Aguilar. Perteneían además a ella el doctor Bayón, el ingeniero Alejandro Linging y el doctor Florentino Vezga. Su ánimo era rescatar el amor por las ciencias de Mutis y Caldas, con cuyo nombre existió una Asociación científica.

—Entonces empecé a invitar a participar en ella a mis maestros amados de Europa y Estados Unidos: los Silliman y Dana; de Gotinga aceptaron el honor Wöhler, Hausmann, Wolfgang Sartorius Freiherr von Walterhausen, geólogo, vulcanólogo y gran coleccionista de minerales; el botánico August Grisebach, el sabio Theodor Martius, y el físico y meteorólogo belga Quetelet. Eso me llenó de alegría y me hizo volver a sentir conectado con la ciencia universal.

"A partir de ese año, y como órgano difusor de la Sociedad de Naturalistas Neogranadinos, apareció la publicación *Contribuciones de Colombia a las Ciencias y a las Artes*, dirigida por Uricoechea; se publicaron tres números hasta el año 1861.

"El 18 de octubre de 1859 recibí la Colegiatura de Honor del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario; ese año fue productivo en ideas, como la que surgió con la colaboración de José María Vergara y Vergara para hacer una publicación sobre el arte de Gregorio Vásquez de Arce y Ceballos, pero la idea se quedó en proyecto".

"Piensa Ezequiel que muchas veces es más importante abrir caminos para que otros los recorran —dijo Scheherezada, notando que Ezequiel volvía a entristecerse.

Y no era para menos, porque ahora, con su vida recorrida casi en su totalidad, era consciente de las numerosas ideas que se quedaron como simple proyecto, como el diccionario biográfico americano, que compilaría notas sobre neogranadinos ilustres.

—Pensamos también en hacer la Bibliografía Hispanoamericana, el *Diccionario Geográfico-Histórico* de la América Española, Brasil e islas adyacentes, y las obras de Bolívar, que comprenderían las cartas y otros manuscritos no publicados del Libertador.

—¿Y qué pasó con tu amor por los mapas? —preguntó emocionado Simbad el navegante.

—Ésa sí la pude hacer en 1860; apareció como Mapoteca colombiana, publicada por el librero y editor londinense Nicolás Trübner. —Emocionado, Ezequiel les contó cómo desde 1855, a raíz de su encuentro con Quetelet en Bruselas, fue acumulando materiales para la geografía de todo el continente de Colón—. Pronto hallé que el catálogo crecía más de lo que al principio yo podía figurarme, y me resolví a hacer la publicación.

"Yo no podía olvidarlos a ustedes, ni olvidar los viajes y los paisajes que recorrimos juntos; por eso, desde 1860 me dediqué a viajar por esta tierra tan llena de tesoros. Fueron ocho años de gran actividad, con excursiones científicas por diversas regiones de la patria, entre ellas la Sierra Nevada de Santa Marta, la Guajira y los Llanos Orientales. *Viaje al Meta* es el libro —tan elogiado por Jorge Brisson— fruto de mis observaciones en ese último periplo".

Por esa época, Ezequiel Uricoechea profundizó en el estudio de las antigüedades etnológicas de los grupos indígenas habitantes de la Nueva Granada, se interesó por las lenguas aborígenes y recogió gramáticas y catecismos y realizó estudios para la bibliografía colombiana. Reunió una colección de minerales como las que había visto en Yale y en Gotinga, que quedó almacenada en los Bajos del Palacio Arzobispal, cuando en 1868 decidió salir de Colombia.

—En 1861, la guerra continuaba y el 18 de julio Mosquera tomó la capital, y el 20 de septiembre hizo un Pacto de Unión, semejante a una Constitución y se declararon los Estados Unidos de Colombia. Dos años después, en 1863, la guerra, por fin, terminaba y los liberales triunfantes proclamaron la Constitución de Rionegro. Los Estados Soberanos se dieron sus propias Constituciones, y empezó el régimen federal puro y la era de los conflictos y las guerras civiles: más de cuarenta. ¿Así cómo puede avanzar un país?

"El 29 de abril de 1867, el general Tomás Cipriano de Mosquera se declaró dictador, cerró el Congreso, y me nombró, a mí, Ezequiel Uricochea, Director Nacional de Instrucción Pública. ¿Se imaginan? Por fin, parecía que yo podía estar dirigiendo la educación y la ciencia de todo un país, con grandes ideas. Todo se me quedó en palabras, porque el 23 de mayo de 1867 le dieron golpe de estado al dictador Mosquera, lo pusieron preso en el batallón Zapadores y así le impidieron cumplir las reformas necesarias y oportunas. Se posesionó como nuevo jefe del gobierno el general Santos Acosta. Yo entonces, bajo un gobierno opuesto a mis ideas, decidí irme. Pensé incluso en Buenos Aires, para ser catedrático de química en una universidad Argentina.

"En 1868, le eché la bendición —entiendan maldición— a mi tierra y me fui para París, estaba aburrido de las guerras y el desorden. He querido hacer del mundo mi patria y ser natural de todas partes en lengua y conocimientos, reservando a Colombia el corazón —dijo Ezequiel mirando a los ojos a sus amigos del alma, descargando en ellos lo que sentía, y a medida que hablaba, su rostro se iba llenando de luz, como si se quitara años al quitarse los recuerdos.

—¡No te imaginas cuánto te amamos, Ezequiel, y cómo nos habría gustado acompañarte en tantos momentos difíciles!, —dijo Scheherezada tomándole las manos. El sol había pasado la línea del mediodía y empezaba a buscar el camino del atardecer.



Capítulo nueve

El mundo había cambiado.
Científico vuelto comerciante



En París se dio cuenta de que el mundo estaba transformado. Cuando llegó, Europa era un hervidero de las artes y las ciencias.

—El mundo iba demasiado rápido y de pronto tuve la horrible sensación de haberme quedado atrás. ¿Acaso la rueda de la cual me hablaba

Humboldt era ésta, mi vida? Dónde estaban ustedes entonces, Simbad y Scheherezada, cuando los necesitaba tanto?

Una alondra cantó en el jardín de Beirut anunciando el fin del día y el comienzo de la noche. Ezequiel lloraba recordando esos duros días, su sacrificio de tratar de hacer ciencia en un país siempre convulsionado con la guerra y la violencia. No aguantó desahogarse como si quisiera apagar las estrellas:

"Hice cuanto pude por toda esa canalla de ingratos: gasté plata y lo que es peor 'mi tiempo! para sufrir la más terrible decepción. Con la décima parte del trabajo, allá en Europa, hubiera sido yo un grande hombre: hoy lo puedo decir ya, con alguna experiencia, y algún conocimiento... he hecho muchas cosas en mi vida, pero la mayor bestialidad de todas fue irme a meter de cabeza en Bogotá en tiempos de libertad gológica en que nada se hacía por la instrucción.

"En fin, no dejé el pellejo y debo considerarme feliz —dijo casi por consolarse. Sus amigos lo escuchaban en silencio, que es la mejor manera de brindar cariño.

—Quería estar transitoriamente en París —dijo—; no quería establecer casa, porque esa ciudad no me convenía para la salud ni para el bolsillo, pero la estadia se me volvió permanente. —Y es que allí empezó a ocuparse del negocio de las comisiones: empezó con la venta de las joyas de la madre de Rufino José Cuervo, empresa en la que no le fue muy bien, y en la cual le pareció que los joyeros se confabulaban para ofrecerle cada vez menos. Luego, Ezequiel, Cuervo y Venancio González Manrique establecieron en Bogotá un negocio de venta de libros que Uricoechea despachaba desde París y los otros dos vendían en Bogotá.

"Hice de todo, hasta le trabajé a Cuervo consiguiéndole los corchos para tapan las botellas de la cerveza que producía, empresa que me ocasionó bastantes dificultades. A finales del año 69, quería irme para Alemania, pero no pude hacerlo hasta julio de 1870, pues me detenía un pillito que me había robado unos reales, y estaba viendo el modo de arrancárselos —siempre la historia de hacer servicios.

"Mientras negociaba en joyas, libros y corchos, al tiempo luchaba por la publicación de mi Colección Lingüística Americana, que llamé mi colección de "miniminimidau", por la palabra achagua que significa risa, cosquillas, lo que divierte, pero ustedes y yo sabemos que se trata del

angelito travieso de mi infancia. Quería suministrar a los investigadores documentos de primera mano para la historia del hombre primitivo, muy útiles en el estudio comparado de la lengua. Alcancé a editar tres ejemplares de la colección: uno sobre la lengua chibcha, y otros dos sobre la lengua paéz y la guajira.

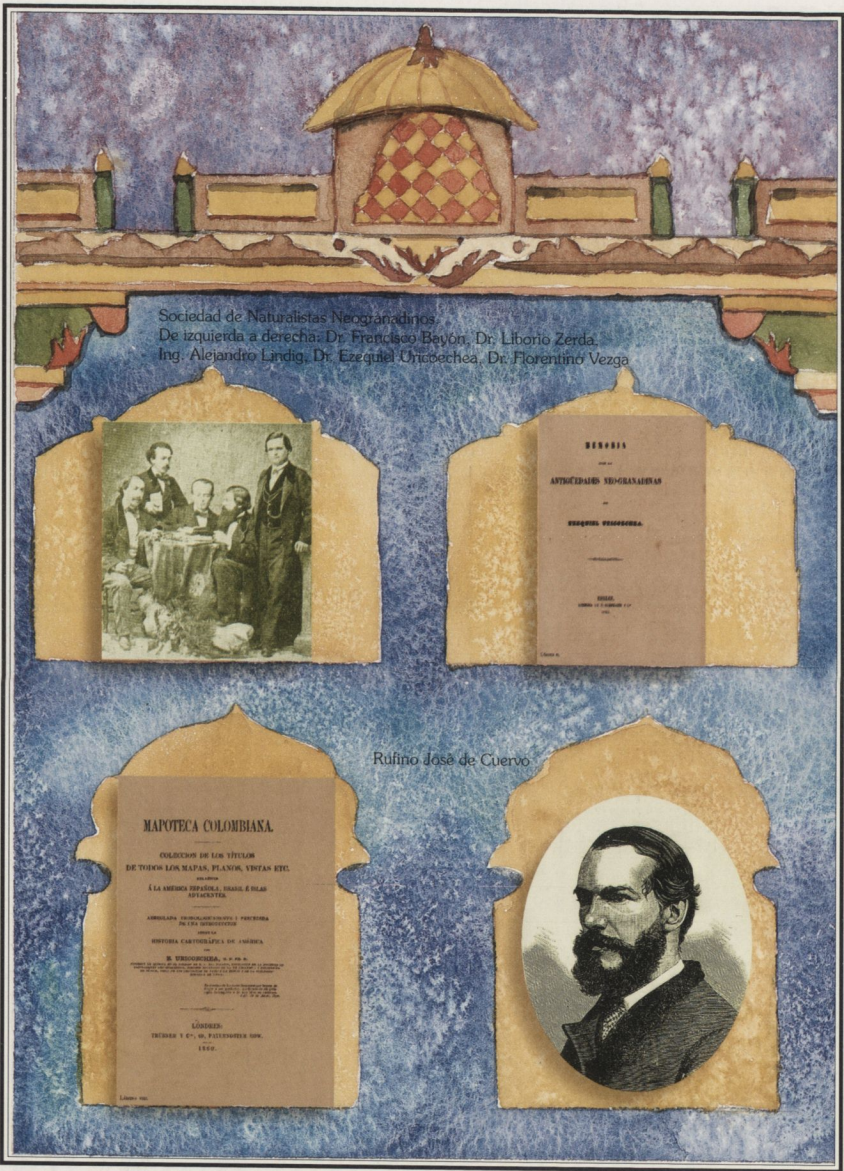
”Encima de todo, como si la violencia me pisara los talones, 15 de julio estalló la guerra franco-prusiana. París fue sitiada, y solamente se podía salir en globo. Cansado de violencia, abandoné la ciudad y me dirigí a Londres, luego a Rotterdam, Leyden, La Haya, Amsterdam, Amberes, y finalmente me instalé en Bruselas, desde octubre de 1870 hasta la primavera de 1872. Esa ciudad se había convertido en el refugio de todos los prófugos, heridos, derrotados y de cuantas señoras pobres habían podido abandonar París.

”En enero de 1872, hice contactos con el Bibliophile Belge para la publicación de mi *Bibliografía Colombiana*, que para entonces ya era un catálogo de unos 4.000 escritos neogranadinos que reuní desde 1859 hasta 1868. Por fin, salió en 1874 en París”.

—¡Pero has hecho muchas cosas maravillosas, Ezequiel, no tienes por qué sentirte mal, mira que yo apenas hice siete viajes! —exclamó Simbad, con su sonrisa de navegante, que le hacía arrugas en su curtida cara quemada de sol y de sal.

—Has dado lo mejor de ti, y tu vida ha sido intensa y plena; cuéntanos, ¿cómo es que hablas tan bien nuestra lengua árabe? —preguntó Scheherezada.

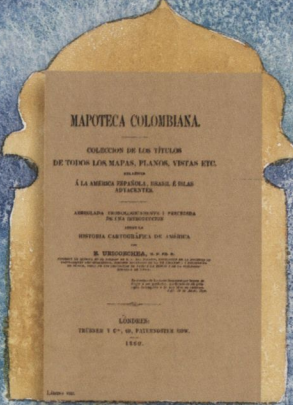
—Ésa es otra historia, que tiene que ver con mi viaje a tierras del Califa de Majirit, que los cristianos llamaron Madrid —dijo Ezequiel con una sonrisa que le alegró el rostro.



Sociedad de Naturalistas Neogranadinos.
 De izquierda a derecha: Dr. Francisco Beyón, Dr. Liborio Zerda,
 Ing. Alejandro Lindig, Dr. Ezequiel Unzuéchea, Dr. Florentino Vezga



Rufino José de Cuervo





Capítulo diez

Academias de la lengua.
Independencia es mi lema



n los primeros días de junio de 1872, Ezequiel viajó por quinta o sexta vez a Madrid. Iba con el ánimo de permanecer dos meses y se quedó

11. Muy pronto empezó a establecer contacto con el mundo intelectual, y especialmente el relacionado con el idioma. De hecho, llevaba una propuesta de alfabeto fonético de la Lengua Castellana, que sería publicado por la Librería Cuesta, y tenía 52 páginas.

Estaba dedicado a don Mariano Juderías Bender y lo había escrito en forma de carta a don Juan Eugenio Hartzembusch.

“El 11 de noviembre de 1872 fui nombrado miembro correspondiente de la Real Academia Española, gracias a la propuesta cursada por Eugenio Hartzembusch, Antonio María Segovia y Antonio García Gutiérrez”.

Una de las gestiones más importantes que adelantó Ezequiel en Madrid fue la formación de las academias americanas, correspondientes a la española. Gracias a él, la primera en establecerse fue la colombiana. Su criterio, como siempre, era de avanzada y de amor por su tierra:

“Las sucursales, pues de América, no creo ni pienso que deben estar uncidas al carro antediluviano; no señor, libertad e independencia; independencia sobretodo es mi lema. Éstas deben trabajar por su cuenta y tanto como les agrade sin aguardar ni recibir órdenes, pero deben estar sí en amistosa correspondencia, unas entre otras y con la española; sólo así se conservará la unidad y la pureza del lenguaje”.

En 1873, retornó a París, en donde el negocio de los libros decadía, debido a la demora y la inseguridad en los embarques. En junio de ese año recibió las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, libro al cual Ezequiel dedicó buena parte de su tiempo, y cuyas observaciones fueron tenidas en cuenta por el autor en ediciones posteriores.

“En 1874 me instalé en el apartamento N° 199 del Faubourg Saint Honoré, y en este mismo año fui elegido miembro correspondiente de la Academia Colombiana de la Lengua. Por entonces, seguía publicando cosas, como el suplemento de mi *Bibliografía Colombiana*, publicada en la *Revista Latinoamericana*. Desafortunadamente, la publicación se interrumpió por extinción de la revista.

“A veces, todo volvía a ser tan difícil, pero algo por dentro me decía que no podía perder la esperanza, y es que no he podido, por más que a veces lo haya deseado en días de revoluciones, dejar de ser americano, pero americano en toda la extensión de la palabra, desde la médula hasta la piel, desde la cuna... y hasta el sepulcro, que no lo podré evitar, y todo lo que de allá me viene, cuando es bueno, es un bálsamo que mejor no lo tuvo Cagliostro ni jamás imaginó alquimista alguno”.

Un año después, en 1875, Ezequiel publicó en la revista parisiense *El Mundo Americano* los artículos sobre Voces del Quijote que faltan en el *Diccionario de la Academia Española*.



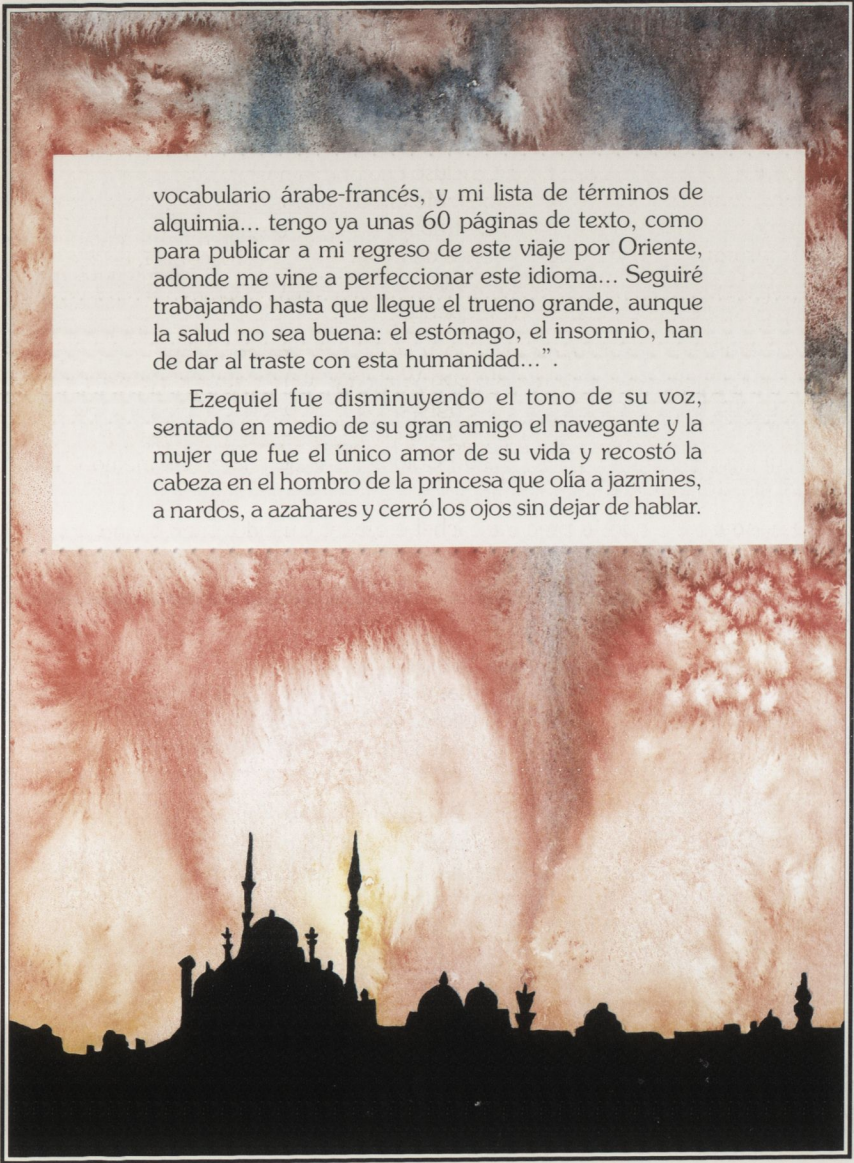
“Y hablando de Quijotes, algo se me prendió, porque ese mismo año invertí mi fortuna en fondos del Gobierno turco, que de pronto se vio gravemente afectado por la quiebra. Mal de dinero, yo seguía con la esperanza, entonces más que nunca, de poder obtener un puesto como catedrático en Buenos Aires; pensé, incluso que podría hasta volver a ser ganadero, como en los años de Canoas. Me invadía la nostalgia, y como por no perderme en la tristeza, continué trabajando en la colección *Lingüística Americana* y asistí a unas sesiones de mineralogía microscópica, ustedes saben, como por no olvidar el brillo de las piedritas que me dieron los dioses muiscas en el Salto del Tequendama”.

Retornó a sus sitios de estudio y se reencontró con algunos de sus antiguos maestros. Se entrevistó con Wappäus, el maestro de su maestro de geografía en Gotinga, en el Congreso Internacional de Ciencias y Geografía, en París, del 1° al 11 de agosto de 1875. Allí Uricoechea dió una conferencia sobre Los chibchas de Colombia, publicada en las memorias del evento.

“Aquí respondo tu pregunta Scheherezada: Cuando Cuervo vino por primera vez a Europa, me encontré con él en París, y le mostré una gramática de árabe vulgar, según el método Ollendorf, de 780 páginas, y le conté que el barón Bischoffsheim, belga ilustre, deseoso de ampliar el horizonte cultural universitario de Bruselas y propender por un mejor comercio con el Medio Oriente, determinó fundar una cátedra de árabe. No habían acabado de abrir el concurso para llenar esa plaza cuando decidí presentarme. Viajé a Bélgica, y en el mes de junio de 1878 recibí el título de catedrático honorario de la Universidad Libre de Bruselas. El 24 de octubre inauguré mi cátedra ante un auditorio de 200 personas”.

Desde sus primeros días en Bruselas, hasta su última excursión, en 1880, ocupó la casa situada en la Rue de la Concorde, o 41 de la Grosse Tour, como también se la distinguía. Ezequiel no se contentó con la labor docente únicamente. Empezó la traducción de la gramática árabe del alemán C. P. Caspari, que apareció ese año, traducida de la cuarta edición alemana y en parte reelaborada por Uricoechea. Por ese tiempo tenía en mente escribir un *Mineralogis Arabics Thesaurus*, en cuya composición trabajaba desde 1878.

“También tengo en mente un *Manual de la historia del pueblo árabe* desde los tiempos más antiguos hasta nuestros días, para lo cual he elaborado un mapa escrito en árabe y en francés... y me gustaría hacer un



vocabulario árabe-francés, y mi lista de términos de alquimia... tengo ya unas 60 páginas de texto, como para publicar a mi regreso de este viaje por Oriente, adonde me vine a perfeccionar este idioma... Seguiré trabajando hasta que llegue el trueno grande, aunque la salud no sea buena: el estómago, el insomnio, han de dar al traste con esta humanidad...”.

Ezequiel fue disminuyendo el tono de su voz, sentado en medio de su gran amigo el navegante y la mujer que fue el único amor de su vida y recostó la cabeza en el hombro de la princesa que olía a jazmines, a nardos, a azahares y cerró los ojos sin dejar de hablar.

Scherezada le acarició las sienes blancas por el paso de tantos años, Simbad le tomó de las manos, y dejaron que hablara, que la luz que estaba dentro de él se fuera con sus palabras hacia las estrellas, para que, por fin, salieran todas las ideas que ya no cabían dentro de ese cerebro que había olvidado el sencillo placer del sueño.

“...Y mi corazón no se resigna a lo que me tocó vivir, que podría ser mucho más, porque Colombia, que está tan lejos, se merece lo mejor... creo que la falta viene un tanto de los que en América están llamados a hacer el bien, de los que tienen la pluma en la mano. Descuidan el estudio serio y no se dan al trabajo de hacer conocer el resultado de sus investigaciones los que a él se dedican...”.

La alfombra mágica que lo recogiera cuando era un niño volvía a balancearse en la brisa que venía del mar encantado, y por encima de las olas y de las montañas tapizadas de cedros del Líbano, perfumados y sagrados, Ezequiel Uricoechea descansaba, por fin, y sus palabras dejaban un camino de escarchada luna sobre el planeta que de un lado dormía y del otro despertaba:

“...Es tan delicioso aprender y tan cansado a veces y tan banal escribir lo que uno ya sabe, que se necesita una especie de misión, una especie de apostolado para resolverse a perder su tiempo en escribir, imprimir y corregir!

“Necesitamos tener conciencia de lo que somos y de lo poco que realmente valemos, pero ese poco es algo, y ese algo se nos niega por todas partes. Para eso necesitamos hacer una cruzada americana y fundar la unión...”

“...Yo siempre soñando, soñando en la regeneración de nuestra patria y en la producción de grandes obras.

“Por ahí en febrero volveré, si vuelvo, como le dije a Rufino en mi última carta...”

“Hasta que puso término a su felicidad la Arrebatadora de todo goce, la Dislocadora de toda intimidad, la Separadora de los amigos, la Sepultadora, la Invencible, la Inevitable”. (Mil y una noches).

Era el 21 de julio de 1880, Ezequiel tenía 46 años de edad. Su cuerpo fue enterrado en el cementerio de Al Zeitouni, de la parroquia de San Luis, en Beirut.

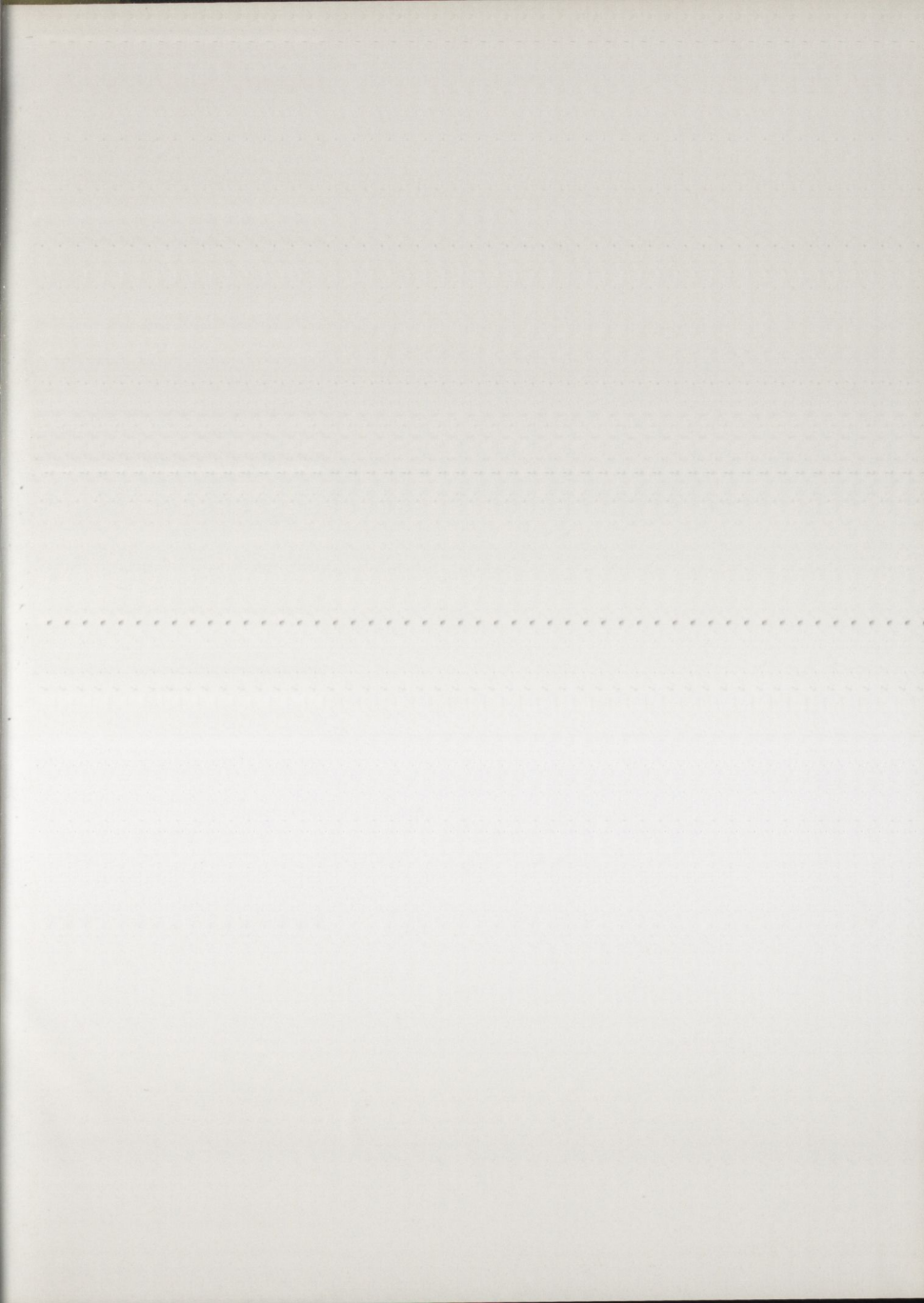
در رسول حضرت تنه کو کر آئینہ

در رسول حضرت تنه

Este libro ha tenido la buena fortuna de haber sido impreso en papel Galery finlandés de 115 gramos, en los talleres de Panamericana Formas e Impresos, bajo el cuidado editorial del equipo de trabajo de Tres Culturas Editores, en el mes de agosto de 1998, mes propicio para que los libros se ejerciten en las artes del vuelo.

در رسول حضرت تنه

در رسول حضرت تنه کو کر آئینہ





Ezequiel Uricoechea (1834-1880), soñador permanente y genio polifacético, este bogotano descendiente de vizcaínos, niño genio que aprendió a leer a los 4 años de edad, bachiller del Fwshing Institute a los 15 años, médico de Yale University a los 19, y químico de la universidad de Gotinga a los 22, abrió caminos como ningún otro para la ciencia en Colombia. Su obra abarca desde los estudios de la quina, la mineralogía, la cartografía, la numismática, la lingüística, el arte colonial y los vestigios precolombinos hasta el conocimiento de la lengua árabe.

Celso Román (Bogotá, 1947), conocido por sus obras de literatura infantil y juvenil, ha sido galardonado con los premios Enka de Colombia (*Los amigos del hombre*); Aclij (*Las cosas de la casa*), Netzahualcóyotl, de México (*El hombre que soñaba*); Ciudad de Bogotá (*Acerca de lejos*), y recientemente el premio internacional de literatura Norma-Fundalectura, con el relato *El imperio de las cinco lunas*.

